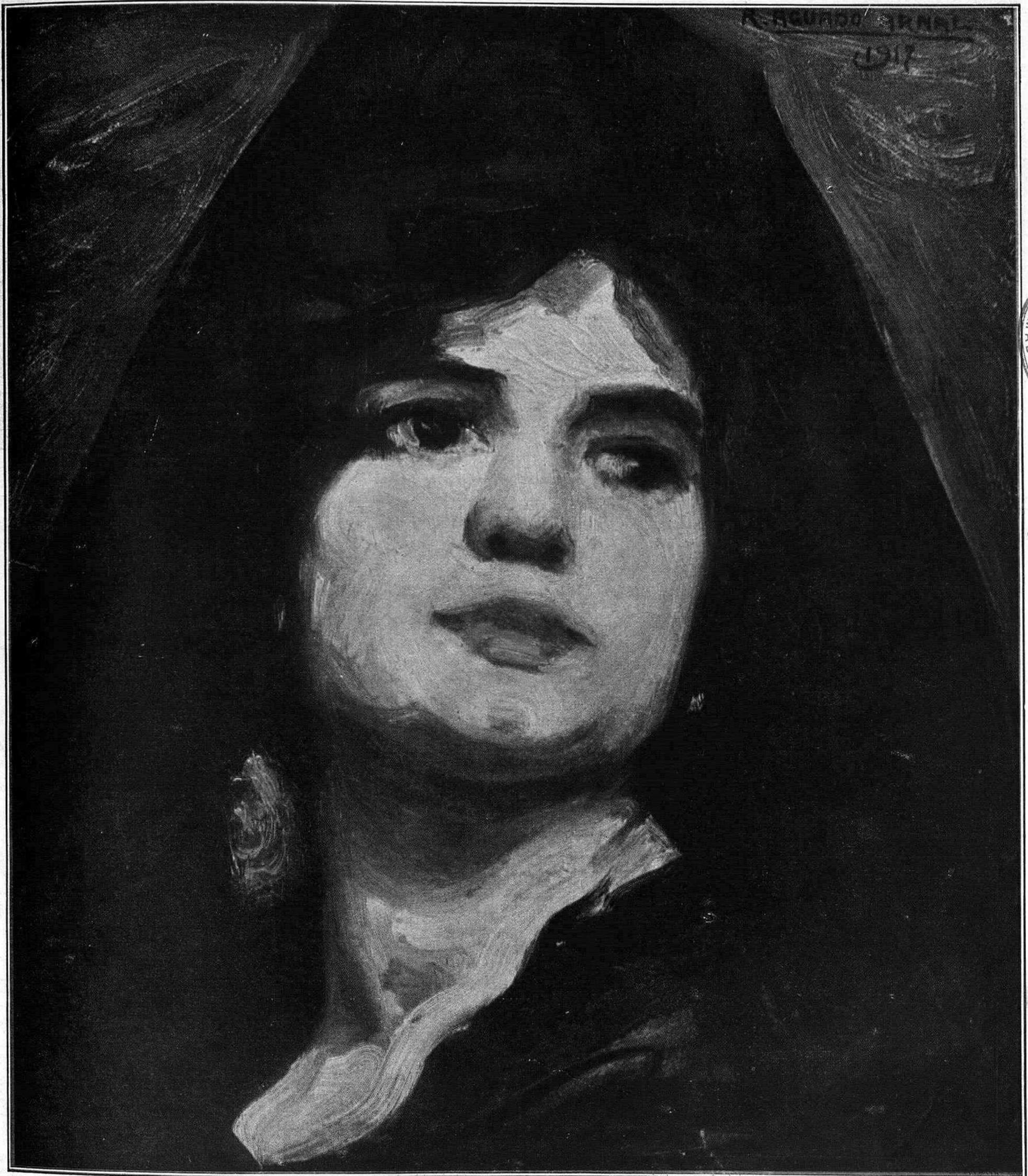


La Esfera

Año V.—Núm. 228

11 de Mayo de 1918

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



ESPAÑOLA, cuadro de Aguado Arnal

DE LA VIDA QUE PASA EL DESENFRENO DEL MÁRMOL

PARA los madrileños ilustres pide un representante de la villa bustos en los jardines. A la orgía del bronce seguirá el desenfreno del mármol. La vanidad humana requiere ese último tributo, en pocas ocasiones rendido al genio, y casi siempre ofrendado a la mediocridad. Las más veces, el transeunte pasa ante las estatuas de la vulgaridad endiosada con un gesto de desdén ó de menosprecio. No pára la injusticia en los umbrales de la Eternidad; los hombres se apresuran á perpetuarla, tallando en piedra, unas veces, el falso heroísmo; otras, la torpe inspiración, y no pocas, la iniquidad y el fraude.

Y los jardines perfumados, refugio de los niños, de los enamorados y de los soñadores, se pueblan de pedestales casi siempre mezquinos, de piedras marmóreas y lápidas con retóricas inscripciones pomposas, de plintos ornados de guirnalda, que producen la sensación, fría y supersticiosa, de los sepulcros. Al lado de las adelfas, de los rododendros, de los evónimus y las tullas, bajo las copas de los álamos, de las acacias y los eucaliptos, en donde modulan sus alegres gorjeos las tribus de pájaros errantes, cabe los macizos de rosas, de geranios y de claveles, que sugieren con sus tonalidades encendidas y sus perfumes vírgenes, espasmos de renovación, la idea de la muerte surge evocada por los modernos cenotafios, por los artificios lapidarios misérrimos, en que se yergue un busto inexpresivo, yerto, hierático, pleno de odiosa vanidad póstuma y de rígido orgullo, sobre sus laureles de calamina. Pero el jardín deja de ser bello cuando pierde su carácter de escondrijo sensual, de parnaso florido, de laberinto agreste, para convertirse en pinacoteca, en galería de retratos, y, sobre todo, en repulsiva necrópolis. ¿Qué hace aquel caudillo anciano, envuelto en su ropón de campaña, sobre su deforme corcel, trepador de la roca monstruosa, sobre el estanque plácido, de linfas serenas y apacibles, en donde alisan sus plumas las aves acuáticas con la actitud gloriosa y triunfal del cisne de Anderssen? ¿Qué significa el ridículo y grotesco templete, custodiado por leones que, á no ser de granito, rugieran su vergonzosa deformidad, sustentado por columnas inarmónicas, cubierto por su cúpula chocarrera, lleno de letreros dorados de tosca metalurgia, junto á las praderas verdegueantes, lujuriosas, ingenuas, á no ser el presentimiento de la muerte y la contemplación de los vanos alardes póstumos, propios del patio de una Sacramental? ¿Qué son esos bustos mezquinos y esas piedras que semejan sarcófagos, sino estorbos á la alegría de los pequeñuelos, al esparcimiento de los adultos y á la meditación de los

ancianos? La Naturaleza ha perdido su magnificencia; la mano del hombre se ve ya demasiado en los enarenados caminos, en los ridículos templete rústicos, en las cascadas artificiales y en los lagos infectos. ¡Y es menester aún sembrar las praderas de figuras de mármol, de losas escritas y de alegorías mortuorias! ¡Y es fuerza aún que, en medio de las espesuras reconfortadoras del espíritu, sepan todavía los tristes, los ingenuos y los abatidos que hay en el universo guerreros, políticos, administradores y vulgares mercaderes del arte, que apagan, con su sola presencia, toda llama de idealidad!

No: dejad los jardines solitarios, apacibles, alegres, cuando el sol penetra á través de sus enramadas para reflejarse en las aguas ó dorar las arenas sobre que saltan los pinzones; melancólicos cuando avanza el crepúsculo y las aguas

nos, traducida en el parto genial y duradero. Yo quisiera hacer algo, tan humano, tan calladamente fecundador, que mereciera ser recordado, y que, al mismo tiempo, se olvidara mi nombre para perderse en el infinito Nirvana de los amores y de las ideas. Quisiera que, al pasar junto al bloque de mármol, los niños sonrieran, los enamorados alzarán sus pupilas, radiantes por la emoción apasionada, y los tristes se estremecieran, como ante un poderoso conjuro, y los viejos se consolaran, soñando con un porvenir infinito en el tiempo y en el espacio. Hacer algo..., crear algo..., dar forma á una idea, á una comprensión, á una idealidad inefable y luego morir, morir en la tierra para siempre, sin bustos ni lápidas, pero dejando en todas las frentes una luz y en todos los pechos una sacudida. Incapaz de hacerlo, ¿qué me importa que un piadoso amigo se proponga elevar mi busto sobre un prado de amapolas ó de clemátidas? Mi obra no existe, mi labor es nula. ¡Evitadme, oh amigos, mañana, el rubor póstumo, y tallad vuestros bloques, no para los hombres, sino para lo que hicieron de bueno y de gozosamente inefable!

¿Queréis rendir tributo á vuestros paisanos insignes? Alzad sobre los plintos sus creaciones inmortales. En una ciudad colocad, cubierta de flores marchitas, la doliente figura de Marianela; alzad en otra el impetu gallardo de Manelich; muestre allá Crispín su osadía; acullá su denuedo, Tenorio; en otro lugar, su abismamiento fatal, D. Alvaro, y, en todas partes, modelad los simbólicos grupos que den plástica forma á la obra, que lo es todo.

¡Oh, dichosos los tiempos en que toda labor fuera anónima, en que se ignoraran los nombres de los supremos y magnos artífices de la verdad y de la belleza, para consagrar toda admiración á lo impersonal y á lo que en ellos mostró su sello divino! Las más sublimes creaciones humanas tendrían la majestad del Romancero, de la catedral de León, de las gestas inolvidables y de las evocadoras ruinas románticas. Faltos de toda recompensa, no esperando ni el lucro ni la gloria, solamente trabajarían con entusiasmo los verdaderos sabios, los artistas de corazón; lo harían por puro amor á lo verdadero y lo bello, y una codicia impura y un recelo grosero y una ambición mezquina y despreciable no empañarían su virtud, ni desviarían su actividad, para que mostraran, como muestran sus bustos, el sello de egoísta ambición y de envidiosa vanidad que tuvieron en vida. ¡Glorias sin nombre, magnificencias y bellezas sin rótulo, como el susurrar de las aguas, como el murmullo de las selvas, como la palpación de los nidos, como el imperceptible hervor de los surcos calientes!...

ANTONIO ZOZAYA



Monumento á Alfonso XII, en el lago del Parque de Madrid



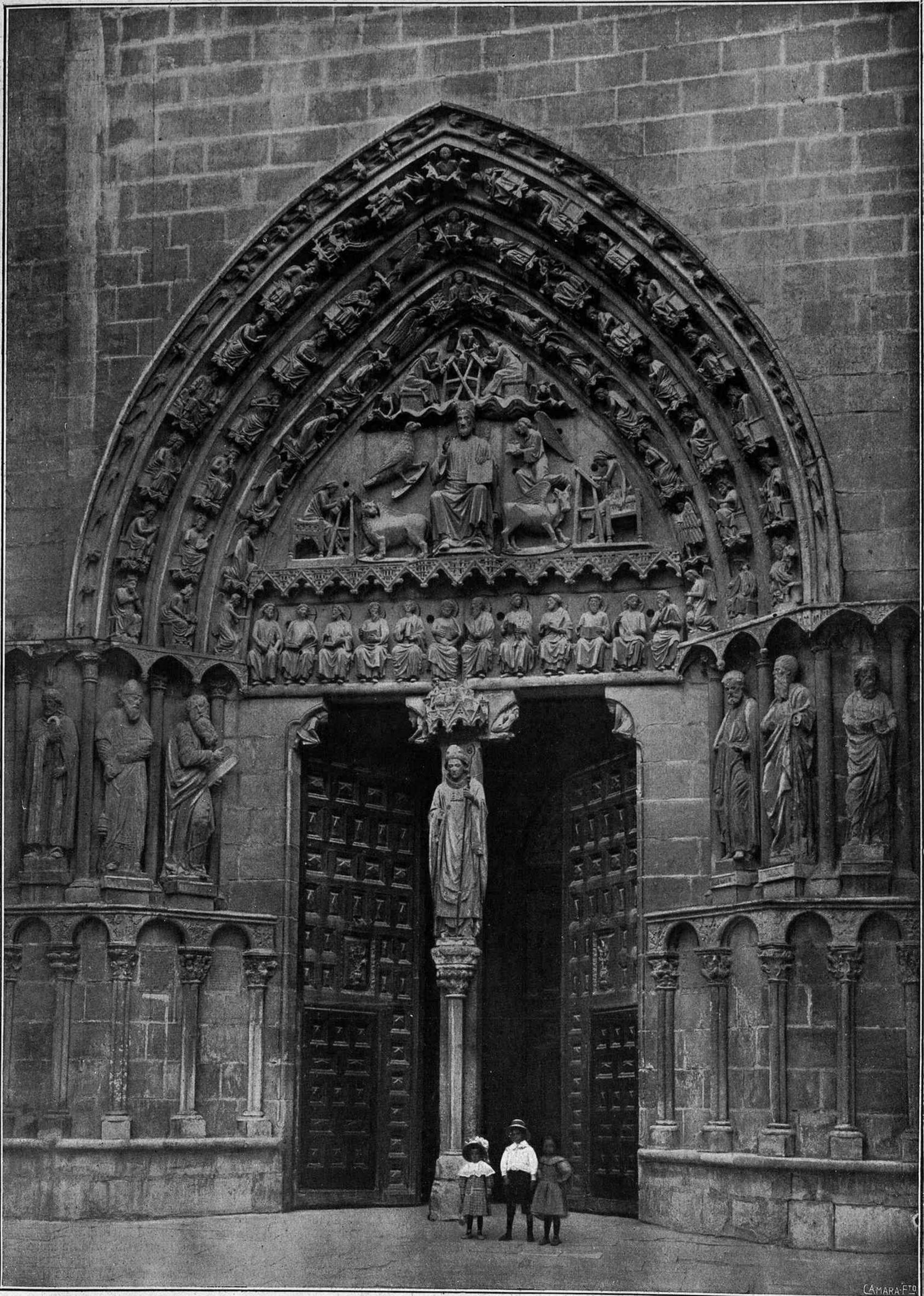
Estatua del general Martínez Campos, en el paseo de coches del Retiro

se deslizan rumorosas y cristalinas en las albercas y se esconden en los remansos y resurgen victoriosas en los ateneros. Las glorias efímeras humanas nada tienen que hacer allí. Sobre ellas, deformándolas, anulándolas, se alzarán, siempre triunfadora, la magnificencia de la Naturaleza inmortal. Yo también hubiera querido que algún día, en mi honor, un artífice tallara la piedra, y que de sus manos ágiles y nerviosas, trémulas por la inspiración y el fervor estético, surgiera una obra acabada, sublime, que fuera admiración y embeleso de las multitudes. Pero esa obra admirable no quisiera que representara á un sér pobre y humilde, ni menos soberbio y enfatuado, sino á una obra eficaz, á una labor generosa y fecunda, á una invocación á la belleza eterna. ¿Qué importa el nombre, ni menos la figura del artista y del creador? Lo importante es la obra realizada, su labor genial, su comunicación con todos sus herma-



Monumento á Campoamor, existente en el Retiro FOTS. SALAZAR

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL

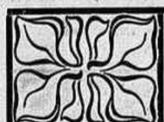


PUERTA DEL SARMENTAL, DE LA CATEDRAL DE BURGOS, MAGNÍFICO EJEMPLAR DEL ARTE ESCULTÓRICO-RELIGIOSO EN ESPAÑA, Y DE EXTRAORDINARIO VALOR ARQUEOLÓGICO

FOT. VADILLO

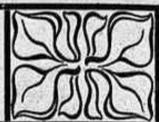
ATENEOS
DE MADRID

CAMARA-FOTO



CUENTOS DE "LA ESFERA"

EL MAQUINISTA



ERA Filiberto Albert uno de los mejores maquinistas de la estación del Norte de París.

Tenía treinta y cinco años, y hacía quince que dirigía el sudexpreso, sin que en este espacio de tiempo le hubiera ocurrido ningún percance de los que son tan frecuentes en las líneas ferroviarias.

Filiberto estaba enamorado de Dolores Sasson, la muchacha más bonita del barrio de Saint Honoré.

Era Dolores el encanto y la admiración de cuantos la conocían, no sólo por su belleza, sino por su virtud y sus bondades, que no aventajó jamás mujer alguna. No es, pues, extraño que Filiberto, hombre dotado de corazón sensible y de alma no vulgar, adorase con locura á Dolores, que, por su parte, correspondía vehementemente á la pasión del maquinista.

Cuatro años llevaban de relaciones los jóvenes, y sólo esperaban el próximo ascenso de Filiberto para que la boda se realizase.

Cuando el tren corría tragando la distancia, aproximándose á la gran ciudad, el maquinista, sobre su poderosa bestia de hierro, sentía ensancharse el alma y dilatarse los pulmones al pensar que ella, su *florequita de nieve*, como él la llamaba, esperábale, anhelante, allí, tras el balcón lleno de flores de su casita, que, andando el tiempo, había de ser el nido de amor de los futuros esposos; y Filiberto, á semejanza del jinete que espolea su caballo, golpeaba violentamente la negra y lustrosa grupa de la locomotora, como si quisiera apresurar su vertiginosa marcha, pareciéndole poco aquellos ochenta kilómetros por hora que recorría.

Las montañas, las cañadas, los valles, pasaban ante él como sombras. Sólo anhelaba llegar, llegar para verla, para oír su voz, para decirle todas esas cosas que sólo saben decir los enamorados.

Allá, entre los tenues reflejos del matinal crepúsculo, los resplandores de la luz meridiana ó el capuz de las sombras nocturnas, veía destacarse su perfil adorado, como si fuera una aurora que se levantara en la mitad del día. ¡Era ella! ¡Era ella! La única ilusión de su espíritu; la que para él reunía y completaba, así en su sér físico como en su sér moral, todos los atractivos, todas las perfecciones, todas las grandezas humanas y divinas. ¡Era ella! La luz fantástica del delirio, de que habla Edgardo Poe, con sus ojos negros, su cabellera rubia, sus labios rojos, sus dientes blancos, su cuello de cisne, su pecho turgente, sus torneados brazos, su talle leve y sutil, que tenía la esbeltez del talle de aquella diosa que Fidias esculpió en el soberbio pórtico del Partenón de Atenas.



Y entonces Filiberto, sumergido en el ensueño, resplandecía de gozo, y, siguiendo golpeando á la máquina, exclamaba anhelante: «¡Más de prisa, más de prisa, querida mía, que voy á verla!»

ooo

Pero, así las cosas, sobrevino un accidente terrible. Dolores enfermó de gravedad, y los médicos hubieron de poner en conocimiento de la familia que la lesión que minaba la salud de la enferma era mortal necesariamente.

Cuando Filiberto recibió la cruel noticia, parecióle que todos los astros se derrumbaban sobre su cabeza. Tan anonadado quedó, que él, inteligente como pocos, permaneció durante muchas horas atezado bajo la soporífera garra de la estupidez.

Aquello era inaudito. ¡Morir ella! ¡Su Dolores! ¡Su *florequita de nieve*! ¡Ah, no! ¡Aquello no podía ser! Y tenía que ser, sin embargo, por inexorable designio de la fatalidad. El maquinista, dominado por el solo pensamiento de la pró-

xima tragedia, sentía incrustarse en su cerebro las uñas del delirio.

El mal continuaba su carrera. La flor iba marchitándose poco á poco. El lirio se agostaba. La ciencia era impotente para devolver al capullo su antigua lozania. Prolongaba su existencia. Nada más.

Y al fin llegó, como llega todo lo inevitable. Dolores había entrado en el período agónico. Sus padres y sus hermanos sollozaban abrazados á la moribunda. Filiberto, en pie, junto al lecho, rígido como una estatua y amarillo como la cera, hacía violentos esfuerzos para no estallar en sollozos.

Iban á dar las seis de la tarde. A las siete salía el sudexpreso. Filiberto estaba de servicio aquella noche.

Un antiguo reloj de pared, colocado en la alcoba, parecía que anunciaba, con su monótono tic-tac, los últimos momentos de Dolores.

De pronto, en medio del ambiente de angustia de aquella estancia, sonaron seis vibraciones metálicas, Filiberto, como un sonámbulo, miró á la esfera que señalaba las horas; precipitose sobre el lecho, besó á Dolores en la frente y salió.

ooo

Llegó á la estación. El fogonero, Pedro Lagrange, advirtió algo anormal en el semblante del maquinista, y adivinó lo sucedido.

—¿Ha muerto?—le preguntó.

—Sí—le respondió lacónicamente Filiberto.

Sonó la hora de la partida, y el tren se puso en marcha.

Pasaron dos estaciones.

El fogonero guardaba silencio, comprendiendo lo que pasaba en el alma del maquinista.

De repente, éste se lanzó sobre el regulador, y abrió la válvula.

—¿Qué hace usted, maestro?—gritó Lagrange aterrado.

Filiberto, agarrado al regulador, no contestó. Entonces Lagrange, comprendiendo que el maquinista se había vuelto loco, se lanzó sobre él para que soltara el regulador, entablándose entre ambos una lucha terrible.

El tren volaba. Las estaciones pasaban como sombras.

Por fin Filiberto, que seguía sin soltar el regulador, cayó de pronto, agitándose convulsivamente.

Entonces Lagrange detuvo el tren, al mismo tiempo que hacía lo mismo otro de mercancías que caminaba en dirección opuesta y que había visto al sudexpreso, quedando ambos trenes parados á pocos pasos de distancia.

PEDRO BARRANTES (†)

DIBUJO DE ESPI

LA ESPERA

ARTE ITALIANO



EL ROSTRO DE LA VIRGEN

Admirable obra pictórica de Melozzo da Forlì, que se conserva en la iglesia del Panteón, de Roma

LAMARAFOTO

ATENEAS
BIBLIOTECA
MADRID



Detalles de la empuñadura de la espada inventada por el barón de San Malato

NUESTRAS VISITAS

*El barón de San Malato
ó un paladín del Romancero*

Dos puntas: á través de las dos puntas, son dos almas las que chocan. Se necesita, para producir la reacción de la sensibilidad, que los dos adversarios lo sean, en efecto; que sus ánimos estén contrapuestos; que sus almas entren en la pelea. Entonces vibra el acero, y llega á ser más sensible que la carne de nuestro cuerpo; es decir, que los golpes dados en la hoja de la espada van directos al alma, y ella es quien los rechaza...

Athos de San Malato hizo una pausa para bucear con sus ojos de acero en nuestros espíritus. Carlitos Micó, Campúa y yo le escuchábamos en silencio.

Continuó:

—Escuchen ustedes un caso interesante:

Rememoró un momento con los párpados entornados y cierta graciosa afectación de artista italiano.

—Un día, en una calle de Nápoles, me tropiezo con un maestro de esgrima, gran amigo mío: «Barón de San Malato—me dice—, ¿quieres que tiremos un asalto?» Acepto. Nos ponemos sobre la plancha, cruzamos las espadas y le toco. Entonces, este amigo exclama: «¡Qué cosa tan rara!» ¿Qué?—le pregunto—. «Que antes de ser tocado por tu acero he sentido el golpe en el mismo sitio donde ha sido después.» ¿Eh? ¿Qué les parece á ustedes? ¡Es el triunfo del espíritu! Mi amigo sintió el golpe mientras que yo lo meditaba. Fue una transmisión de pensamiento, una cosa psíquica.

El barón de San Malato permanecía de pie ante nosotros, con su espada cogida bajo el brazo derecho. Por encima de la chaquetilla de gamuza gris perla se marcaban sus abultados bíceps.

El barón Athos de San Malato es un personaje del Romancero; debió nacer hace cinco siglos y llevar larga melena, chambergo de pluma, capa de raso y espada al cinto. Su alma es el alma misma de aquellos caballeros errantes del siglo xvii, que, llevados de la mano por la traviesa aventura, lanzaban retos audaces, y después los sostenían con la punta de la espada y una sonrisa cortés y caballeresca en los labios.

San Malato sonríe siempre: cuando habla, cuando discute y cuando se bate; ha danzado la muerte muchas veces en derredor suyo, y jamás se desvaneció su sonrisa amable y cortés, su sonrisa de galán parisino.

Su estatura es mediana; sus proporciones, gallardas; tal vez sea demasiado recio; sus ojos, azules; sus cabellos y su bigote, rubios. El barón de San Malato es un caballero dorado.

—Y, díganos usted, barón, ¿quién le enseñó la esgrima?—inquirimos.

—Las únicas y primeras lecciones las recibí de mi padre.

—¿Luego su padre?...

—Mi padre era un gran señor de la más añeja aristocracia de Sicilia, que gustaba vivir intensamente la vida, con todas sus emociones y peligros. El le formó á Garibaldi un batallón de voluntarios sicilianos, que después llevó el nombre de los «Temibles». La misma noche en que yo nací, mi padre se batía en las calles de Sicilia, y recibió cinco balazos. Uno aquí... Otro aquí...— y el barón iba indicando en su cuerpo los sitios donde hicieron blanco las cinco balas.

—¿Y usted, de pequeño?...

—Estudí mis carreras, y, al mismo tiempo, dediqué á la esgrima toda mi atención. Claro que yo siempre he mirado la esgrima como un arte, del cual había que hacer una verdadera ciencia, y lo he conseguido. A mí se me ha hecho en el mundo entero una leyenda de aturdido

y de atropellador. Dicen que quiero resolver el duelo con el valor. Nada más equivocado. Claro que para ponerse delante de una punta que acecha se necesitan dos cosas: sabiduría y valor.

—Luego entonces usted cree que un esgrimidor, por muy sabio y diestro que sea, si no es valiente...

Me interrumpió rápido:

—Si no es valiente, no es nada. Llegará al terreno, y se olvidará de todo lo que sabe, y saldrá corriendo. Es igual que el torero de salón. Muy bonitos aquellos molinetes, aquellos pases de rodillas y aquellos quiebros que ejecuta delante de la cabeza de un amigo; pero si no le acompaña el corazón en el redondel, ante el toro, no sabrá más que huír y... huír. En esgrima, el valor es el ánima; la ciencia, el esqueleto. Por esta razón, un buen esgrimidor no puede formarse en las salas, sino en el terreno.

—¿Cuántos duelos ha tenido usted, barón?

Sonrió para evadir la respuesta.

—¡Qué sé yo! ¡Mejor es no hablar de eso! Muchos; casi siempre con renombrados profesores de esgrima. Me he batido con franceses, con italianos y con americanos.

—¿Y siempre ha vencido usted?

—Siempre. Yo, hasta ahora, no he sido tocado con la punta de una espada.

—¿Cuál es la emoción que le domina á usted mientras se bate?

—La seguridad de herir á mi adversario. Es una autosugestión. Jamás he pensado que pudiera ser yo el herido.

—Y, batiéndose, ¿no ha tenido usted nunca un segundo de inquietud?

—Nunca—respondió activo—. Ni he sido víctima de inquietudes, ni de miedos, que no conozco. Yo siempre he dominado al adversario, he advertido hasta las pequeñas dilataciones de sus pupilas.

—¿Por qué fueron sus duelos?

—Por cuestiones de esgrima, por discusiones de métodos. He llegado á un punto; he expuesto mis teorías sobre esgrima; se han discutido; han apasionado, y, claro, ha surgido la chispa. Y siempre mis teorías han resultado fuertes en la verdadera práctica.

Y sonreía ingenuamente como un muchacho travieso.

—¿Qué diferencias existen entre su esgrima y la esgrima en general?

—La principal es que la esgrima actual no se eleva sobre la base de esgrima de terreno, y con ello resulta la adulteración de los verdaderos elementos científicos de la lucha. Un nadador no llegará jamás á saber nadar si no aprende en alta mar y frente al peligro. En esgrima, una «finta» hecha con una punta entre adversarios que están en ánimo de pelea, tiene un valor distinto á la misma «finta» hecha



El barón de San Malato en traje de esgrima

con un botón y dos adversarios amigos. La una da el resultado apetecido; la otra puede no dar resultado; la primera detiene al adversario; la segunda es desdeñada.

—¿Qué entiende usted por honor?

—¡Oh! Lo que debe entender todo caballero. El honor es algo imponderable, algo de sentimiento, que es ó no es. El honor no puede tener ni reglas ni códigos; el honor no puede sufrir alteraciones, ni puede tomar posiciones varias; es, ó no es; es íntegro en la esencia y en la explicación exterior, ó falta; no admite juicios ni medidas. En una palabra: el honor es... el alma con todos sus atributos, y como el alma es siempre la que manda y la que triunfa, se arriesga con mucho gusto el físico para sacar limpio el espíritu.

—Entonces, ¿cree usted que siempre existirá el duelo?

—Distingamos. El duelo, lo que se llama el duelo, desaparecerá, porque no tiene razón de ser. Ahora bien: «la partida de honor», el encuentro por una cuestión de honor, jamás. La partida de honor es la única forma con la cual se puede tener elevado el valor de la integridad moral, y el honor es el único elemento en donde se apoya toda la sociedad. Fíjense ustedes que la única cosa que de hecho tiene valor es el empeño de honor tomado en cuenta. El rey jura por su honor; los soldados juran por su honor; las naciones juran por su honor. Pues bien: una nación que no matiza y depura en cuestiones de honor, una nación que no da valor á estas cosas es una nación despreciable y muerta. ¿Comprenden ustedes?

—Perfectamente—
Continuó:

—El juramento, la palabra de honor de un hombre tienen cotización en una sociedad si se valoriza el honor; si no, aquella sociedad no ofrece ninguna garantía. La Humanidad se rige con leyes espirituales, y las bestias con leyes materiales. En esto nos hemos de diferenciar de los animales.

—¿Y qué distinción dice usted que hay entre el duelo y lo que usted llama «partida de honor»?

—¡Oh, notabilísima! El duelo es la lucha entre dos individuos de cualquier condición moral que sean, empuñando cuchillo, puñal, navaja, etc. «La partida de honor» es el contraste entre dos personas de absoluta integridad moral, hecha con armas especiales que lleve con ellas condiciones para poder llegar á la demostración del valor moral de cada adversario. La finalidad del duelo es la destrucción; «la partida de honor» es una depuración moral, una nivelación necesaria entre dos caballeros que han sentido un rozamiento en su dignidad.

Se expresaba el célebre esgrimidor en perfecto castellano y con apasionamiento latino.

—¿Dónde, y con quién fué el primer duelo que tuvo usted?

—Yo me batí por primera vez aquí en España, en el escenario del antiguo Circo de Colón.

—¿Con el profesor Lyon?

—Sí, señor; con Lyon, el año 95. Por eso guardo tanto cariño para España.

—¿Y qué ocurrió en aquel duelo?

—Algo muy lamentable: Que Félix Lyon fué descalificado en el terreno, porque desde el tercer asalto se negaba á batirse, fundándose en que mis estocadas buscaban su pecho. Una cosa muy pintoresca y muy triste para Lyon. Quedó allí solo en el escenario, abandonado de sus padrinos, y siendo la mofa de los tramoyistas del teatro.

—¿Y después?

—Después lancé en París mi célebre reto, en

—Completamente inexacto. Lo reté. Me trasladé á París desde Nápoles para celebrar el encuentro. Fué un duelo muy emocionante. Pini es formidable.

—¿Pero lo hirió usted también?

—Sí; le hice dos heridas.

—¿También se ha batido usted con Aurelio Greco?

—Sí; en Nápoles.

—¿Lo hirió usted?

—Sí, señor; yo jamás fuí herido. Pero, en fin: no hablemos de los desafíos; es aburrido. Hablemos de la guerra. Yo quise ir á la guerra á aviación; no me dejaron.

—¿Por qué le llaman á usted el «campeón de la línea recta»?

—Porque mis golpes son rectos. Yo he inventado este puño; mire usted. (San Malato me mostró su espada). Esto es admirable. Con este puño el brazo queda completamente á cubierto; la línea de defensa y de ataque es completamente recta; vea usted.

Y el caballero andante extendía, empuñada, la espada.

—En la esgrima, el secreto—continuó—es colocarse de modo tal, que el adversario no vea otra cosa que la punta que se dirige á un sitio. Hay que ser un proyectil humano. Esto se consigue con mi puño.

—¿Es usted supersticioso?

—Nada en absoluto. Siempre que he ido á batirme me he tropezado en el camino con un carro fúnebre.

—¿En qué población se halla usted más á gusto?

—Más de dos meses, en ninguna parte. Corro el mundo errante. Viajo, viajo sin cesar.

—¿Solo?

San Malato sonrió mi indiscreción.

—Siempre con un amor y una espada.

—¿Es usted casado?

—No, señor; soy solo, cuando solo me quieren dejar.

—¿Qué es lo que más le interesa á usted de la vida?

—¡Oh, amigo mío! Eso depende de la hora, el sitio y el estado de alma.

—¿Cuál es su aspiración suprema?

—Conservar siempre el equilibrio de todas mis facultades físicas y espirituales.

—¿Qué es lo que más le inquieta á usted?

—La eternidad, porque yo soy espiritualista. Yo no creo que la vida del alma sea esto sólo. ¡No es posible!

—¿Es usted jugador?

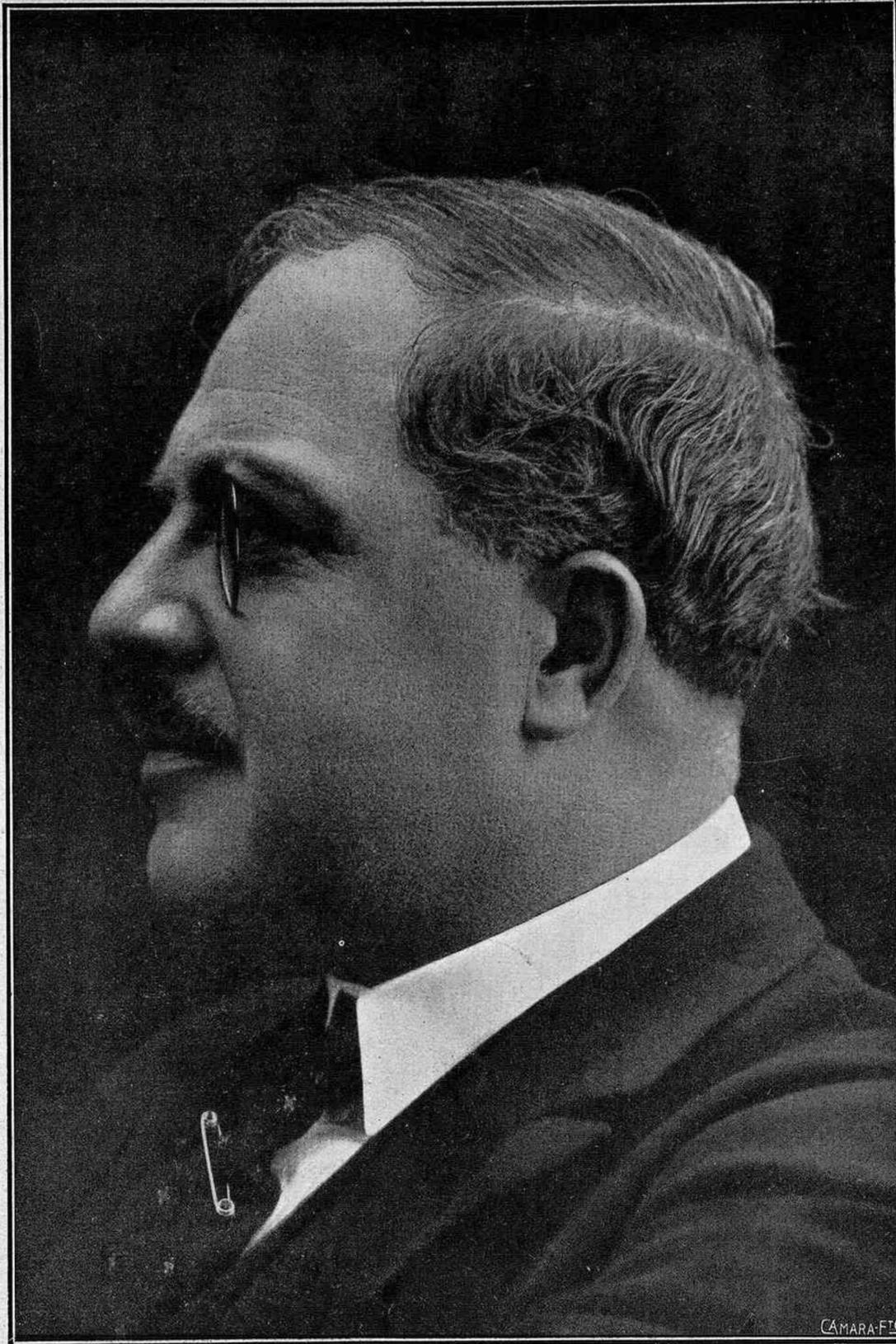
—Me interesa más una partida de honor que una partida de *baccarat*.

—¿Piensa usted aquí, en España, lanzar el guante?

—¡No! Yo eso jamás lo he pensado. Siempre ha surgido inesperadamente. Mi propósito único es dar varias conferencias, exponiendo, ante maestros y aficionados, mi manera de ver la esgrima, los estudios que de este noble y caballeroso arte he hecho y los procedimientos creados por mí con sólidas bases científicas.

Y el romántico caballero San Malato calló sonriente. Su espada brilló de nuevo en el espacio como una chispa eléctrica...

EL CABALLERO AUDAZ



EL BARÓN DE SAN MALATO

FOTS. CAMPÚA

1901, y surgió el duelo con Damotte, el primer profesor francés de esgrima.

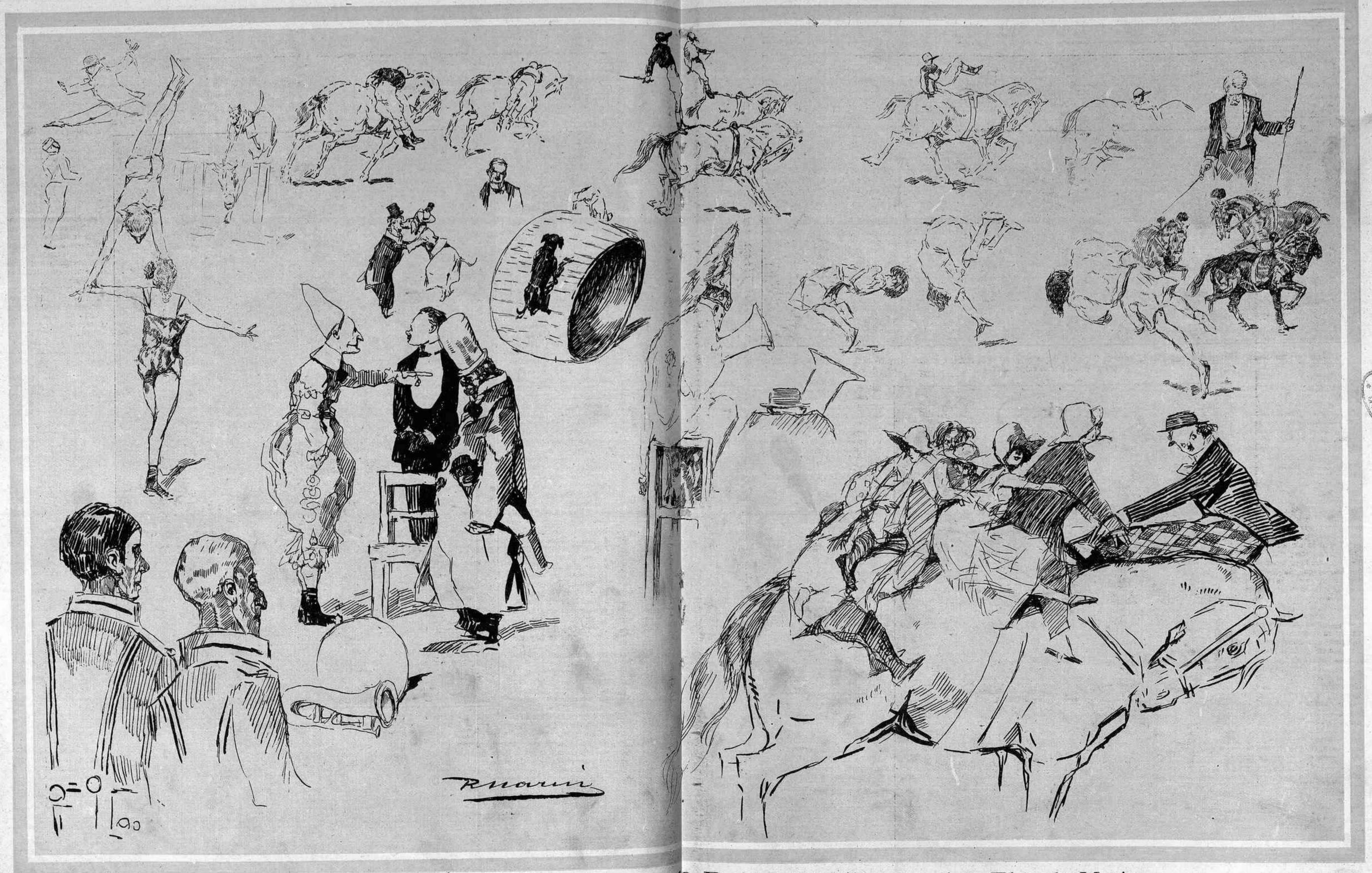
—¿En dónde se verificó el duelo?

—En el Parc des Princes. Eran las dos y media de la tarde de un día triston. Cuando Damotte y yo quedamos frente á frente, llovía mucho. Siempre ha llovido durante mis duelos. ¡Cosa rara! Duró el duelo tres cuartos de hora. La punta de mi acero alcanzó el costado de Damotte y se clavó cuatro centímetros.

—Y su duelo con Pini, ¿en dónde se celebró?

—También en París, en 904. Su origen fué porque un amigo de él dió la noticia de que en un «match» que celebramos me había tocado dos veces.

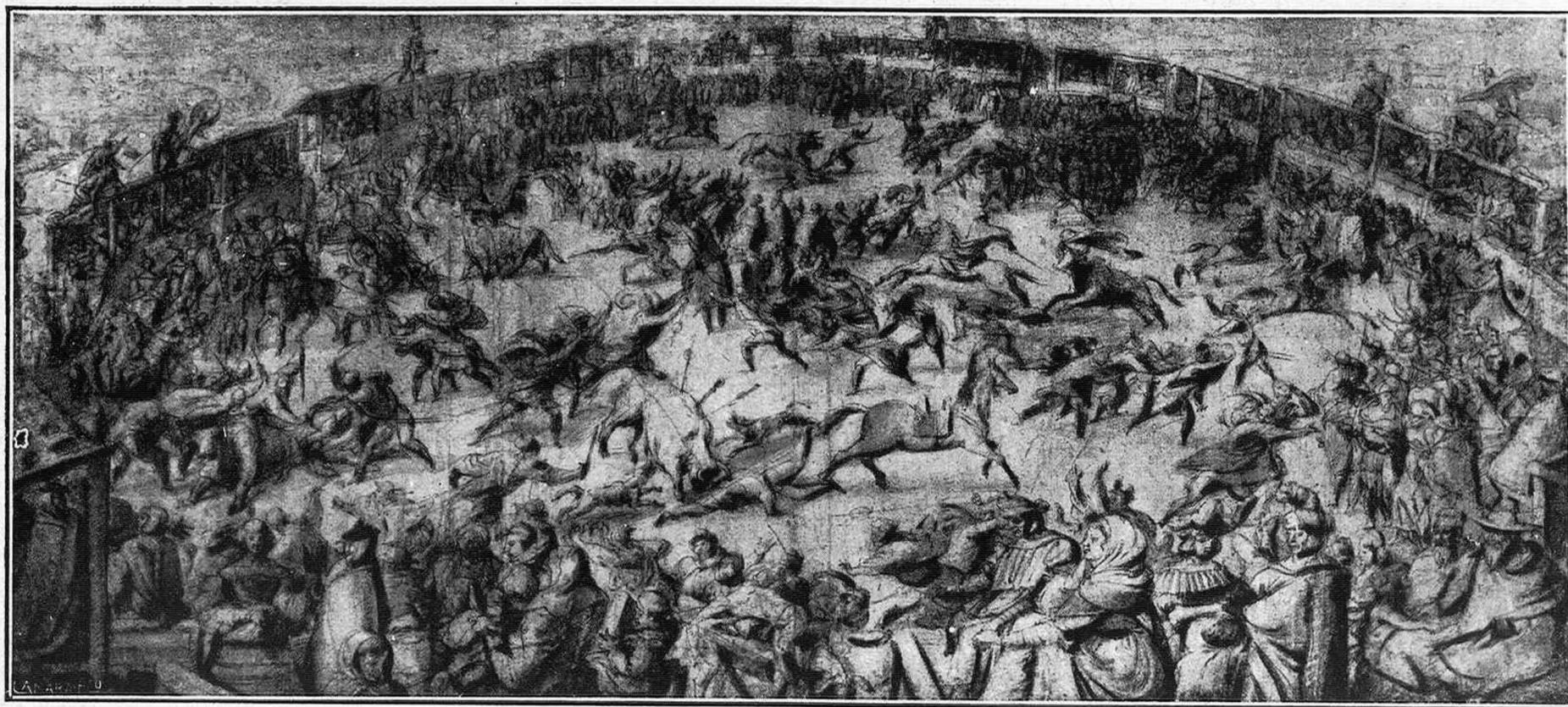
—¿Y no era así?



ATEN
BIBLIOTECA
MADRID

Apuntes del natural, tomados en el Circo de Parish por el ilustre artista Ricardo Marín

Una fiesta de toros en el siglo XVI



Dibujo de Juan Cornelio Vermayen, pintor de cámara de Carlos V, y que representa la corrida celebrada en Avila el 8 de Junio de 1534, presenciada por el emperador

REPRESENTA este interesante dibujo un coso formado por cadalsos y tabladiellos de madera, desde los cuales una muchedumbre compuesta de altos personajes, damas, prelados y gente del pueblo presencia la lucha que en el circo sostiene, con cinco bravos toros, otra multitud de jinetes y peones.

Abajo, en el centro, vese uno de aquéllos en actitud de recoger del suelo, con sus astas, á un derribado caballero, sin cuidarse de los alanos, que furiosamente le acosan, ni de los peones, que le hieren con espadas ó le clavan adornadas garrochillas; acá yace, rendida, otra fiera, cercada de corredores que se divierten ferozmente en desjarretar, castrar y degollar al rendido animal; allá, voltea un toro á un hombre, mientras le acorrala por todas partes la multitud con ademanes, gritos y lanzadas, para hacerle abandonar su presa; otro aparece acullá llevando enredada en los cuernos la capa de un corredor, poniendo en grave aprieto á un caballero que, al galopar de su caballo, le clava una lanza corta; en último término dibújase, airoso y lleno de pujanza, un torito persiguiendo á una espantada figurilla, próxima á ser alcanzada; y, en torno de tan diversas escenas, muévense, en compactos grupos, gentes que avanzan ó retroceden, se estrujan, caen, acometen, socorren y clamorean, dando al conjunto una extremada fuerza de movimiento y de vida.

Muchos detalles interesantes ofrece este dibujo al observador curioso. De ellos, los principales son: el grupo de damas que, cabalgando en mulas, aparece á la izquierda del palenque, en actitud de presenciar el espectáculo; los pre-



Autorretrato de Juan Cornelio Vermayen, dibujando en su álbum.—(Fragmento de uno de los tapices de "La conquista de Túnez")

lados que asisten á él, y en especial aquel que está representado rezando el Rosario en la tribuna que cierra el dibujo por la parte inferior; el asnillo con aguaderas y cántaros que un vendedor ambulante conduce entre la multitud, y las guardias flamenca y española, dibujadas esquemáticamente en el fondo, á ambos lados del palco central; guardias que apenas se dan á conocer por sus archas y alabardas, y que parecen querer indicar que á esta fiesta asiste el emperador Carlos V.

La manera abreviada, totalmente impresionista, de estar trazadas estas escenas del fiero y viril espectáculo, da á entender que fueron dibujadas por el artista en el mismo lugar de la fiesta, y dominado por una fuerte emoción. Sábese que Vermayen acostumbraba á fijar ante el natural sus impresiones, y que Carlos V, teniendo en cuenta las extraordinarias dotes del habilísimo dibujante, le llevó consigo á Túnez para que, sobre los mismos campos de batalla, reprodujera los principales hechos de aquella jornada, que más tarde habían de servirle para componer los cartones de la célebre tapicería que hoy posee la Casa Real de España.

En el paño X de tan preciosa colección, paño que representa el saqueo de Túnez, hay dos episodios de sumo interés, en relación con el dibujo en que nos ocupamos. Uno de ellos, el que podemos llamar de los toros desmandados, figura, allá en el fondo, á la derecha del tapiz, un tropel de soldados sacando al campo, por las puertas de la ciudad, una manada de toros, algunos de los cuales persiguen ó acometen á sus conductores. Es tan extraordinaria la semejan-

za de forma, de movimiento y de espíritu entre sus figuras y las del dibujo de la fiesta de toros, que este solo dato bastaría para atribuirlo á Vermayen si no hubiera otras razones que claramente lo demostraran. El otro episodio es aquel en el cual aparece el autor de la tapicería en actitud de dibujar los hechos que á su alrededor se desarrollan, acompañado de otro personaje, en pie en medio del campo, apoyando contra el pecho un gran álbum que sostiene con la mano izquierda, de cuyo dedo meñique pende un tintero, y teniendo en la derecha una gruesa pluma de ave. Ciertamente deja entender este autorretrato cómo Vermayen hacía sus dibujos en presencia de las escenas que reproducía, trazándolas á pluma y en el mayor tamaño posible, lo cual habla muy alto de su extremada pericia; pero, además, la proporción que en el retrato tiene el álbum, con relación á la figura, indica que las dimensiones de éste eran las mismas que las de aquel en que Vermayen ejecutó el dibujo de la fiesta de toros.

Tiene este dibujo la importancia de ser la representación más antigua que se conoce del divertimento español, pues si bien es verdad que en el códice del siglo XIII de las *Cantigas* del Rey Sabio, en el alfarje del claustro de Santo Domingo de Silos, del siglo XIV, y en la rampa de la escalera de la Universidad de Salamanca, obra del siglo XV, figuran bellas é interesantes escenas, no lo es menos que siendo éstas episodios parciales de la fiesta, no la representan en su totalidad, y no dan, por tanto, idea cabal de su conjunto.

Terminaremos consignando aquí algunos datos biográficos de Vermayen relacionados con su estancia en España, donde ciertamente debió haber adquirido tanta notoriedad y fama como en su propio país, porque, si es señal de su popularidad en Flandes el hecho de que allí se le conociera por el apodo de *Jan met den baard*, Juan el de la barba, habremos de creer que no debió de serlo menos en España, ya que aquí adquirió, no uno, sino dos sobrenombres: *Juan*

el Mayo y *Juan de la barba longa*, con los cuales el pueblo expresaba su admiración por la luenga barba y la arrogante figura del cronista gráfico de su rey.

El haber estado al servicio de la gobernadora de Flandes, la princesa Margarita, y después al de la reina María, era ya el reconocimiento oficial de las múltiples y salientes aptitudes de Vermayen como geómetra, retratista, dibujante y grabador; pero no debían de parar aquí sus bienandanzas y prosperidades sin que fuera consagrado por Carlos V, que, dándole pruebas de grande estimación, le toma á su servicio, le trae á España el año 1534 y, complacido de sus cualidades de dibujante, le lleva á la conquista de Túnez, en Mayo de 1535. Y aun parece que quiso honrarle más el emperador, dignándose admitirle á un trato de familiar aprecio, según se desprende de ciertas curiosas noticias que sus biógrafos creyeron deber consignar. Leblanc, por ejemplo, refiere que «Carlos V se divertía frecuentemente en pasar por debajo de su larguísima barba»; Van Mander que, «á causa de este magnífico ornamento capilar, el César gustaba de presentarle á los príncipes extranjeros», y Cean afirma que el emperador mandó retratarle en mármol por complacerse en la gallardía y gravedad de su figura.

Después de su regreso de Túnez é Italia, en Diciembre de 1536, debió Vermayen permanecer en España algunos meses del año 37, y, durante ese tiempo, no es creíble que estuviera ociosa la actividad del artista, pues, aunque queda memoria de muy pocos de los trabajos realizados durante su estancia en España, hay que presumir se habrá perdido la de otros muchos, como perdida estaba la de este dibujo de la fiesta de toros. Argote de Molina dice que, en la sala real de los retratos del palacio de El Pardo, «existían, en 1582, ocho cuadros de mano de *Juan de barba longa*», dos de los cuales, por lo menos, tuvieron que ser pintados en España, toda vez que representaban las vistas de Valladolid y de Madrid; Mariette nos dice que, duran-

te su estancia en España, dibujó Vermayen el acueducto de Segovia, y es bien probable que la noticia sea cierta, pues el que figura en una de las puertas del tríptico de los Micault, más parece el de Segovia que uno de los que, en su tiempo, cruzaban la campiña de Túnez, aunque hay quien así lo cree; y, por fin, de España debió llevar hecho el dibujo de aquella estampa que, en 1545, grabó con el título de *El banquete español*.

Al regresar Vermayen á su patria fija la residencia en Bruselas, y allí es donde probablemente trabaja en los doce magníficos cartones coloridos de la conquista de Túnez, que termina en 1547, y que Pannemaker, desde 1549 al 1554, traduce en rica tapicería de alto lizo. Estos cartones figuran en uno de los museos de Viena.

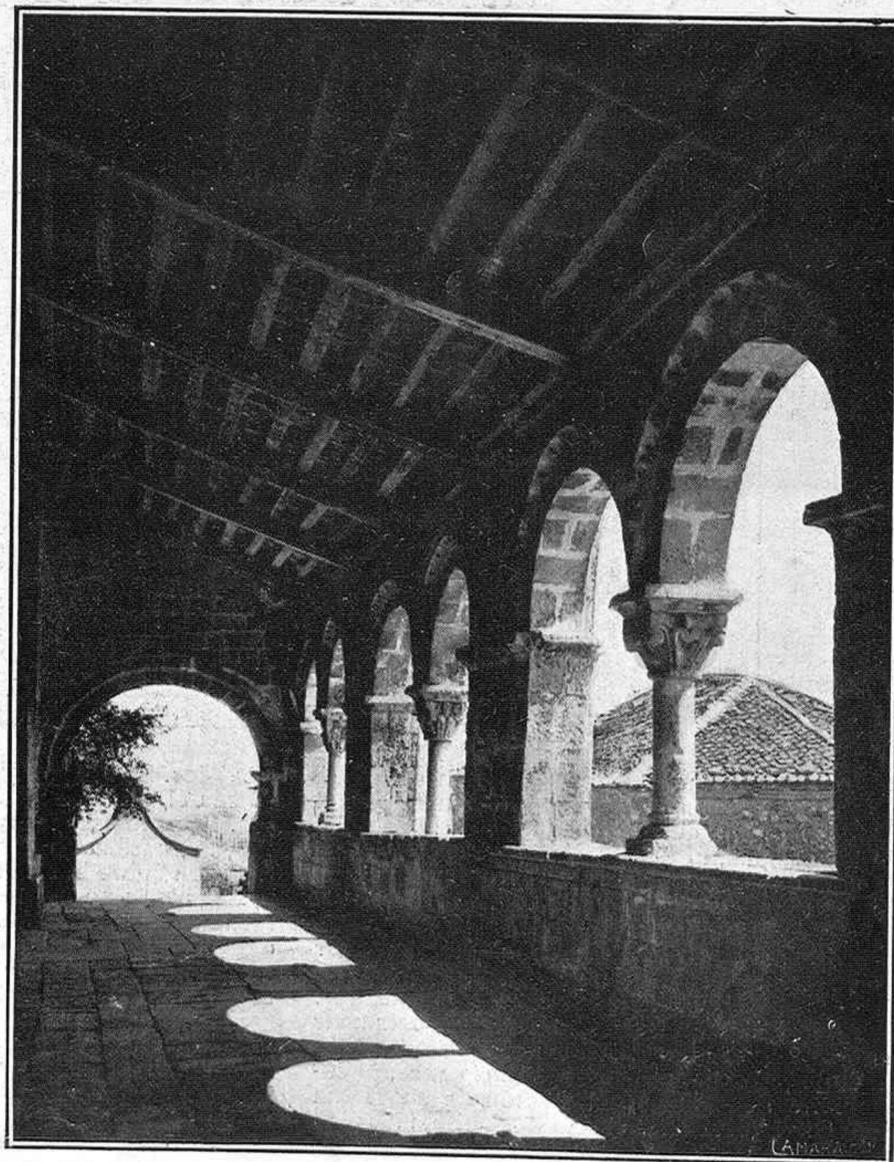
Fué Vermayen considerado como un excelente pintor; Vierix graba su retrato en 1572 entre los de los más célebres pintores germanos, y Van Mander, el viejo pintor é historiador casi coetáneo, habla de él con gran elogio. Como retratista debió de ser, en realidad, algo extraordinario, cuando tan disputado se vió por los más altos personajes de su tiempo, que la lista de sus retratos, según frase de un biógrafo, llegó á ser imponente. Mas hoy apenas tenemos medio de apreciar su talento, pues una verdadera fatalidad persiguió la mayoría de sus obras: unas fueron destruidas por los iconoclastas; llevadas otras por los comisarios franceses en 1794, y muchas incendiadas, como aconteció á las ocho del palacio de El Pardo. Solamente restan tres, que con fundamento pueden serle atribuidas: los cartones de la tapicería de Túnez, el guach signado que se conserva en la Biblioteca Real de Bruselas, y que representa la pacificación de Gante, que se semeja mucho de dibujo al de la fiesta de toros, y el famoso tríptico que guarda el Museo de la capital de Bélgica, y que es conocido con el nombre de tríptico de los Micault.

Luis MENÉNDEZ PIDAL

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



Entrada de la iglesia de San Salvador, en Sepúlveda



Claustro de entrada á la iglesia de San Salvador



El canecillo



Las Exposiciones Caninas pondrán de moda durante unos días á los fieles amigos del hombre, al que le defienden en la soledad de los campos, al que le divierten en el hogar, al que le avisan del peligro, al que le hacen dueño del bosque y de sus habitantes.

Con este motivo saldrán del archivo las memorias de los perros célebres, que los hay, por su bravura, por su inteligencia, y, sobre todo, por su lealtad, virtud máxima de esos animales.

Y he aquí que el artista ha querido estampar en esta página algo así como el bichito heráldico de la perrería, al menor de los canes, al canecillo... Todo lanas, un montón de suavísima seda en el que apunta el rojo hociquito, más pico de ave que fauces de bestia, y donde fulgulan la roja lengüecilla de sierpe y los ojos negrísimo y

movibles. Es natural que ese perrito microscópico sea el amor de las damas artistas y caprichosas. Ellas le esconden en su manguito de zibelinas, le guardan en el saco de cuero perfumado, le ponen sobre la ménsula en que se sirve el té, y, llegada la noche, le encierran en el lindo estuche al lado del reloj. Y, al compás del áncora del aparato ginebrino que desgrana el tiempo, el corazoncito ardoroso del canecillo cuenta las breves horas de su vida.

En China hay un lugar, el Penjuh-labab, en el que se crían los perros menores. ¿Es que allí existe una raza enana, menudita, la del can-ratón? ¿O es que, por crueles arbitrios, encerrado en un frasco chiquitín, el perro común se cría sometido á un régimen diminutivo?... Esta hipótesis nace de la terrible historia que Víctor Hugo

reveló cuando hizo su famosa novela, en la que nos habla de los «compra-chicos», de los hábiles piratas chinos que se apoderaban de niños recién nacidos para llevarlos á lugar donde eran sometidos á la tortura del molde. La carne y los huesos se reducían á formas y tamaños previstos. Percían muchos de los niños moldeados. Los que resistían la prueba eran vendidos á precios inverosímiles para recreo de magnates, más odiosos que los autores de la preparación.

Pero aun después de ese martirio, el canecillo seguía siendo can, esto es, el fiel amigo de su amo... Porque le habían reducido el cuerpo, pero no le habían podido encoger el corazón.

J. ORTEGA MUNILLA

DIBUJO DE MARÍN

PÁGINAS POÉTICAS



ATENE
BIBLIOTECA
MADRID

VERSOS FRÁGILES

El cuello de la cigüeña
sobre el viejo torreón
en el azul se diseña
como una interrogación.

Mira al cristal de la aceña
con tan honda obstinación,
que divierte que sueña
con su propia aparición.

De pronto, se alza derecha,
castañeteando el pieo,
y cruza como una flecha...

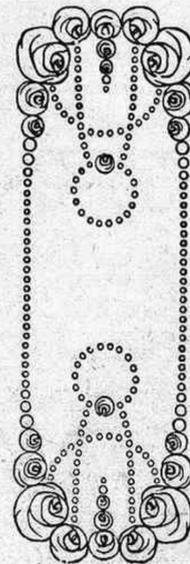
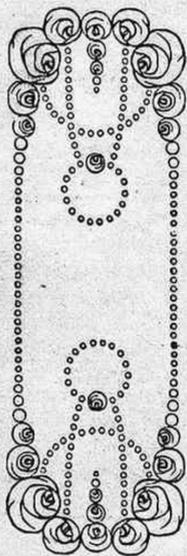
Parece que vuela de
el fondo de un abanico
de alguna frágil musmée.

¡Al llegar la Primavera,
que tenga tu juventud
rosas en la cabellera
y en las manos un laúd!

¡Que encuentre tu faz dormida
sobre un regazo florido...
Cuando elruiseñor anida
justo es que formes tu nido!

Ya los jazmines blanquean
en la noche perfumada
como estrellas temblorosas...

¡Haz que tus estrofas sean
en el seno de tu amada
como un manojo de rosas!



DIBUJO DE ECHEA

F. VILLAESPESA

CURIOSIDADES CELESTES

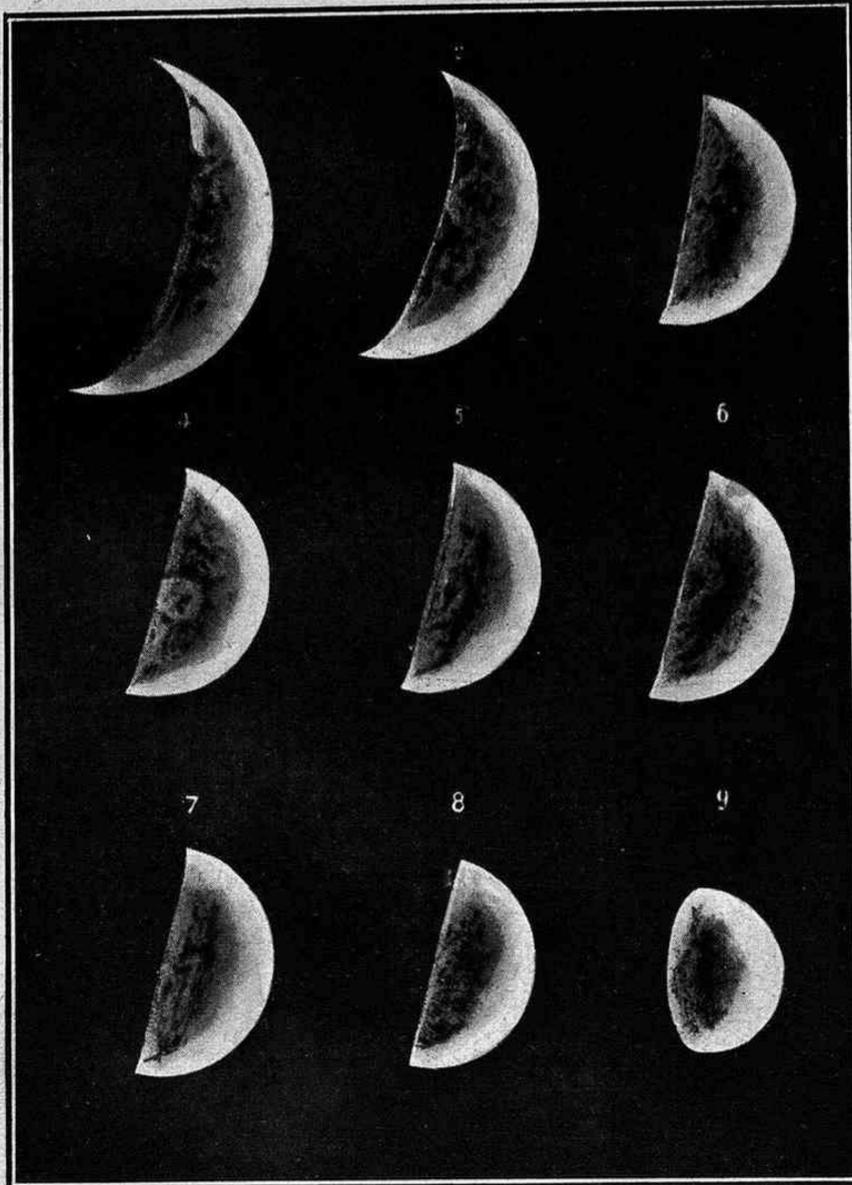
Venus: nebulosas y conglomerados

Por donde se hallan esparcidas en mayor número las estrellas, cerca de la Vía láctea, percíbense manchas blanquecinas en el cielo, algunas visibles á simple vista. Son agrupaciones de soles que se hallan á distancias relativamente pequeñas entre sí, si se comparan con las que separan el conjunto de las otras estrellas. Buena muestra de estos conglomerados del mundo estelar es el reproducido de fotografía directa, y que se inserta en la región inferior de esta plana. Representa la parte central del conglomerado estelar (compuesto, en total, de millares de soles), cercano á la estrella omega del Centauro.

Pero lejos de la parte del espacio donde se pueden contar en mayor cantidad las estrellas, cerca de los polos de la eclíptica, se parecen en el cielo otras manchas blanquecinas, que no son enjambres de soles, sino masas gaseosas, cual lo demuestra el análisis espectral de la luz que esas manchas nos envían. Reproducimos en la región inferior de la plana la nebulosa de Orión, la cual está formada principalmente por gas nitrógeno, ó quizá por algún otro más simple, producto de la disociación de éste, que no hemos podido desdoblarse en nuestro laboratorio, por hallarnos obligados á operar en condiciones poco extremadas de presión y de temperatura.

Muchas, entre ellas, la reproducida aquí, por ejemplo, ocupa ella sola una extensión mayor del espacio que todo nuestro sistema solar, incluyendo en él los más alejados planetas.

El segundo en orden de su proximidad al Sol se ve alternativamente por la tarde, después de puesto el astro del día, ó antes de asomar éste sobre el horizonte, en las primeras horas de la mañana. Es el que recibe del vulgo la denominación de



Diversos aspectos del planeta Venus

mismo paraje. Y así como la zona tórrida abraza más de un hemisferio, los parajes muy fríos se extienden por el resto del planeta. Allí no hay estaciones intermedias y suaves: todo es brusco, violento y extremado.

Por lo cual, si resultara cierto que los ángeles, obediendo al mandato divino, inclinaron el eje de la Tierra como reato de la culpa original, desterrando de nuestro mundo la benignidad de los climas, según dice Milton en *El paraíso perdido*, debemos inferir, puesto que Dios es la suma Justicia, que los venustianos han debido pecar más ó ser más contumaces en el pecado, puesto que el castigo ha sido mayor.

En los anteojos muestra Venus las mismas fases que la Luna, con la cual tiene gran parecido.

Los cuernos de sus cuadraturas se alargan por causa de la densa atmósfera que rodea al planeta; atmósfera cuya existencia demuestra además el análisis espectral de la luz planetaria, donde aparecen rayas de absorción análogas á las de nuestra atmósfera.

Para que la semejanza con la Luna sea más completa, hay quien cree haber visto en los cuartos de Venus el disco completo, cual si se hallara iluminado por resplandor análogo al que delata á la Luna nuestra, cerca del novilunio ó luna nueva, por la luz reflejada de la Tierra, que presenta entonces su faz brillante al satélite.

Pero este resplandor de Venus, semejante á la luz cenicienta de la Luna, es posible que sea debido á reflexión de la del planeta sobre la atmósfera, ó quizá á fluorescencia de esa misma envoltura gaseosa.

Tales son las características del planeta Venus.

RIGEL



Conglomerados de estrellas en la constelación del Centauro

lucero por antonomasia: es el planeta Venus.

Tiene este planeta dimensiones muy semejantes á las de nuestro mundo, que, en realidad, es un poco mayor. Los días de Venus son de veintitrés horas y veintiún minutos, y su año es de doscientos veinticinco días.

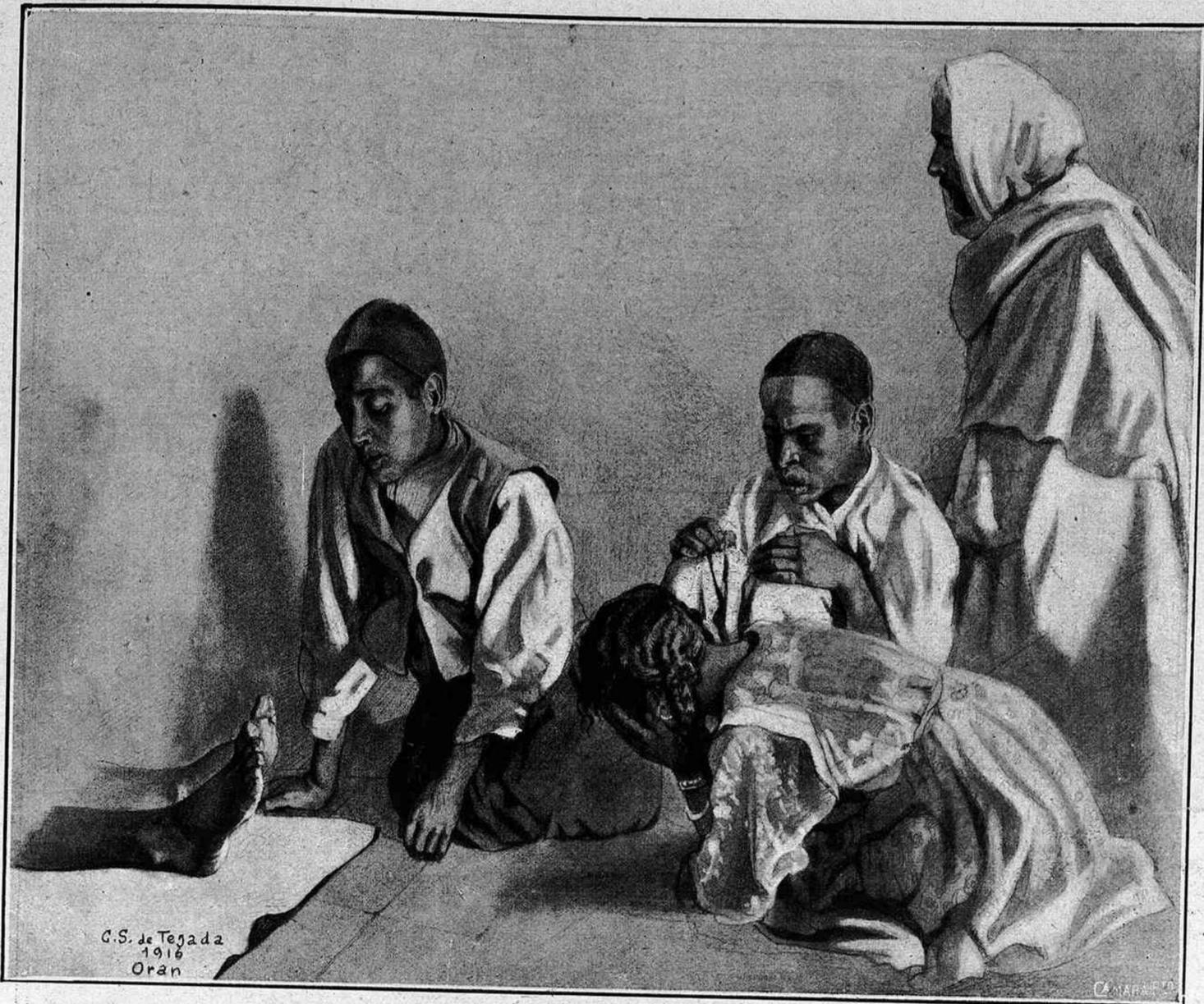
Cien años nuestros son, pues, ciento sesenta y dos de Venus, de donde no se deduce que si hay allí habitantes alcancen forzosamente mayor longevidad, puesto que el mismo lapso ó intervalo de tiempo cuando se cuenta con distintas unidades, estará expresado por diversos números.

Una circunstancia singulariza á Venus. La inclinación de su eje de giro sobre el plano de la órbita que describe es más del doble que el de la Tierra con respecto á la eclíptica. Consecuencia de ello es lo extremado de las estaciones venustas. En el planeta consagrado á la hermosa deidad, con efecto, se suceden por ello los más extremados climas en un



Nebulosa de gases en Orión

LOS CAMALEONES Y LA MUERTE



CON razón pueden figurar los camaleones como abortos de la Naturaleza. Pocos animales más feos, más repugnantes, más raros, más estrambóticos. Y, sin embargo, nada más inofensivo y estúpido que el camaleón.

La Naturaleza, al crear tamaña equivocación, la subsanó concediéndole la más maravillosa propiedad de que está poseído animal alguno sobre la tierra: la de poder adaptar el color de su piel á la del medio ambiente. De algún modo tenía que reparar la enorme injusticia cometida al dar vida al pobre é infeliz camaleón. En su favor modificó el fenómeno conocido en la ciencia con el nombre de *mimetismo*, permitiendo que la piel del nuevo animal tomase el color que le conviniera para pasar inadvertido á sus enemigos.

Porque así como la Naturaleza, siempre inconscientemente previsoramente, dió á todos los animales alguna defensa, al camaleón no le dió otra sino su extraña propiedad y su horrible fealdad é imponente aspecto. Su cabeza parece la de un fiero dragón antediluviano. Si abre la boca y arroja una bocanada de aire, como si quisiera vomitar fuego, parece un monstruo dispuesto á devorar cuanto se ponga por delante. Y, sin embargo, no es más que una inofensiva intimidación. Su boca está desdentada, y no encierra, por paradójica ironía, más arma que la lengua más rara que posee animal alguno: una lengua larguísima, enrollada en espiral, á modo de resorte, con la que caza los insectos, que constituyen su alimento, arrojándoles su propia lengua á modo de dardo, y enrollándola rapidísimamente cuando la víctima ha quedado aprisionada en la viscosa saliva del animal. Y sus ojos, sobre

la cúspide de unas antenas movibles, pueden girar en todos los sentidos, permitiendo ver hacia atrás sin que tenga que volver la cabeza; y es, por ende, el animal más tardo y perezoso en sus movimientos. El camaleón abunda casi exclusivamente en el norte de Africa, donde los rapaces juegan, sin miedo ni escrúpulo, con el más infeliz de los monstruos.

Un oscuro poeta árabe ha cantado al cama-

león como símbolo de la vida. Sobre su piel granulada de saurio se sucede la gama de los colores del iris, del mismo modo que sobre nuestras vidas pasan, en atropellado tropel, las dichas, las alegrías, los pesares, las tristezas, siempre las últimas en mayor cantidad que las primeras, hasta que viene la noche de la Muerte á entenebrecer, con su negro y tétrico manto, la alegría ilusoria del día de la vida.

Entonces viene la Inevitable, la Inexorable, la Intrusa, la Proveedora de tumbas, la Separadora de amigos, la Irreparable, la Destructorra de la felicidad, la Constructora de cementerios, la Saqueadora de palacios y cabañas, la Insaciable, la Traidora, la Acechadora, la Rompedora de la felicidad, la Asesina de la vida, la que acaba con las delicias, la Irrespetuosa, la que no perdona, la que no olvida, la Implacable, la Execrable, como de estas y cien maneras más designa el fecundo léxico árabe á la Muerte; entonces, decimos, viene á cerrar el paréntesis de dolor que se abre con el dolor de nacer; pena injusta que sufre el inocente recién nacido como castigo del pecado capital que le dió vida. Y este dolor nos acompaña como nuestro más fiel é inseparable amigo durante toda nuestra peregrinación en la vida, y sólo cesa con el supremo dolor que depara la Maldita.

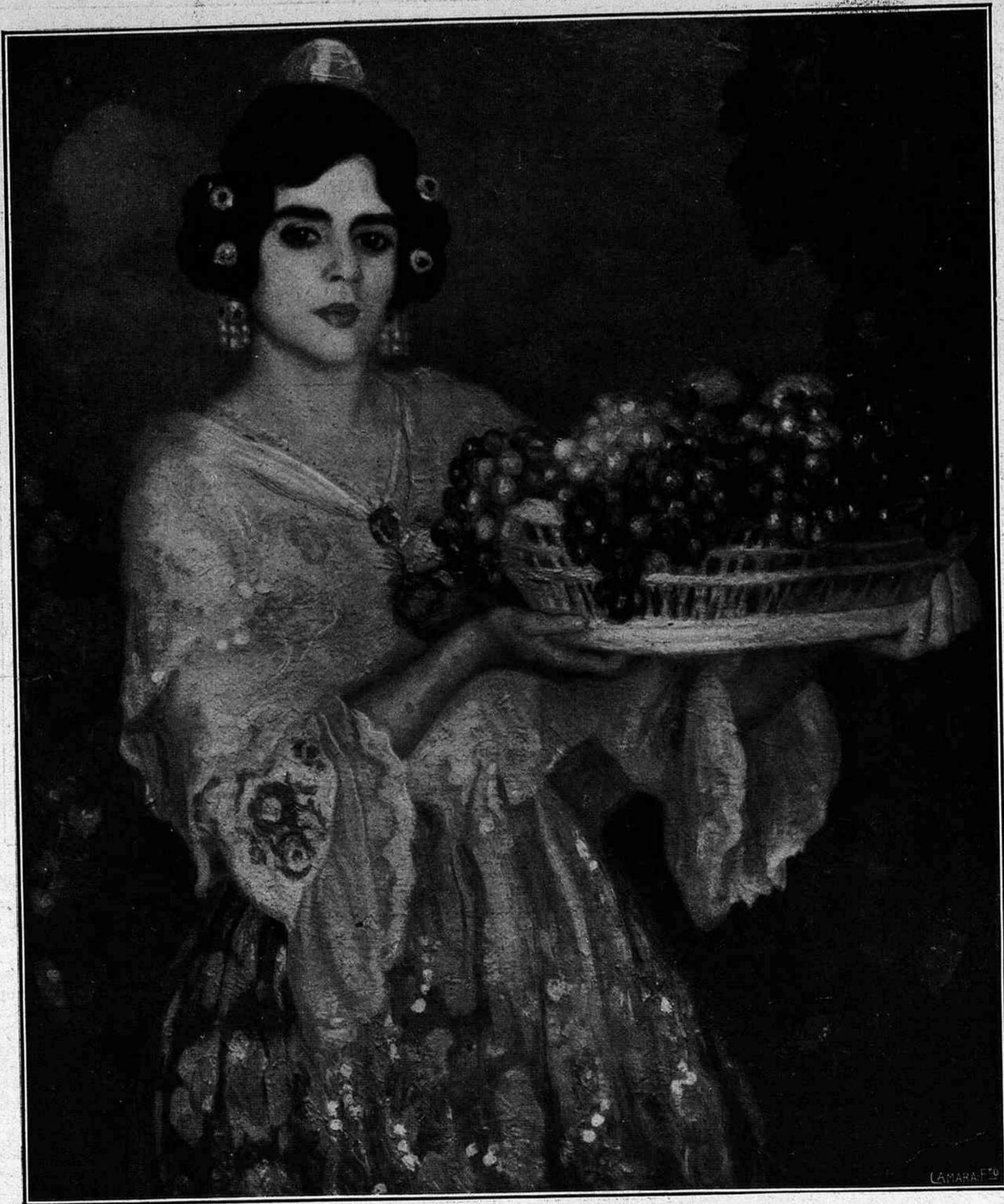
Quién sabe si se la calumnia, y que, en vez de denostarla con imprecaciones de maldición, habría que saludarla mejor como la Piadosa para los que sufren, la Niveladora de las desigualdades y la Vengadora de las injusticias.

GUILLERMO RITWAGEN

DIBUJOS DE C. S. DE TEJADA



BAJO UNA MIRADA



Cuadro de Juan Cardona

ANTE la paradoja de una mirada valenciana y femenil, quedamos desconcertados, porque es difícil contemplar unos ojos que sean tan expresivos y que digan menos el secreto de un alma.

Grandes y perfectamente dibujados, modelados y coloreados en rosa té, ó en rosa de rosa los párpados, las pupilas negras y las pestañas de seda, reúnen las condiciones que exigiría un pintor de cromos. Sin embargo, no adolecen de esa insulsez característica de cuanto no tiene defecto. Hay en su sombría inmovilidad una obstinación que acaba por inquietar á quien los observa.

Diríase que pretenden avisarnos de una emboscada, que nos dirigen una súplica que sólo nosotros debemos entender, sin que sospeche nadie entre las gentes de la asamblea. Cuando una doncella aparece en la tertulia grave y yaronil, donde nosotros somos el forastero, y en que la muchacha, con su carga de frutos, es la sacerdotisa de la hospitalidad, creemos asistir á una de aquellas escenas de la Reconquista, á la entrevista del jefe cristiano en el pabellón moru-

no, y, como entonces, la esclava comunica en silencio el propósito que acarician sus amos de hacer traición.

Fantasías. Esto no puede ser, y nos esforzamos en adivinar la verdadera causa de la incomprensible elocuencia.

Y todavía añade misterio la ilógica y repentina humildad con que los párpados se cierran, cortando bruscamente la complicidad ya entablada entre nuestra atención y la fijeza de la mirada inmóvil y parlera.

Arisca, huraña, esquiva, la mujer de las vegas valentinas, no nos explicamos el ardor de sus ojos. Porque rechaza la galantería de una palabra madrigalesca, y vive en sierva de la tradición árabe del país y de la propia disciplina religiosa.

Todo cuanto la rodea contribuye á dramatizar su mirada. Desde la sensualidad de la naturaleza y el fuego de las costumbres de su casta, á la palidez del rostro, con las ojeras moradas y una diafanidad en la piel que semeja el trasluz de un interno claror de luna. ¿Dormirá en el fondo del doble abismo húmedo y aterciopelado el germen

de la rebeldía contra la austeridad actual, la nostalgia del tiempo moro, con sus fragancias, sus músicas y su perezoso y profundo amor?

Pero el colmo de la paradoja se halla en que su negrura deslumbre con unas coloraciones no alcanzadas por el ambiente, con el sol de oro, los rosales sangrientos, el indigo celeste, la verdura zumosa de las frondas, la carne luminosa, la policromía de los vestidos, el brillo de piedras indias que los racimos tienen en la cerámica colorista y refulgente. Basta con abandonarse á la oleada de los ojos valencianos y femeninos, para que en el aire comience á rodar el arco iris en una orgía cegadora.

Y aquí encontraríamos, acaso, la razón de la sinrazón, la clave del problema. Tal vez no dicen, ni quieren decir nada, las miradas que llamaríamos fantasmales. Pero nos embriagan de ilusión y de codicias insaciables y principescamente orientales. Somos nosotros mismos quien lleva el drama en el pecho. La fémina y el vino emborrachan sin darse cuenta de su acción.

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

UN NUEVO TEMPLO EN MADRID

La fundadora.
El arquitecto

EN la calle de Torrijos, en esta parte del barrio de Salamanca, donde Madrid se amplía en urbes anchas, claras, sonrientes y orientadas hacia serenas extensiones campesinas, que pronto serán simétricos conjuntos de modernas edificaciones, se ha inaugurado solemnemente la nueva iglesia de Nuestra Señora de la Concepción del Rosario.

Es como un resurgimiento de pretéritos y fervorosos hechos en el alma escéptica y trágica de este siglo. Se piensa en épocas remotas, cuando los magnates realizaban piadosas fundaciones, cuando, poco á poco, iban alzando sus torres y cresterías templos y conventos, y daban las campanas al viento las sonoras voces del catolicismo, más pujante que nunca.

Esta nueva iglesia de la Concepción del Rosario, á cuyo santo cobijo se une la casa capaz para albergar diez y ocho religiosos, ha sido costeada por la excelentísima marquesa de la Lapilla y de Monesterio, doña Agueda de Martorell y Fivaller, perteneciente á una familia de puro y altísimo abo- lengo en Italia y España.

A través de los siglos, la marquesa de Monesterio repite el hecho de su antepasado D. Octavio Centurión, fundador del Mayorazgo y de la casa de los marqueses de Monesterio, una de las más ilustres personalidades en los reinados de Felipe III y Felipe IV.

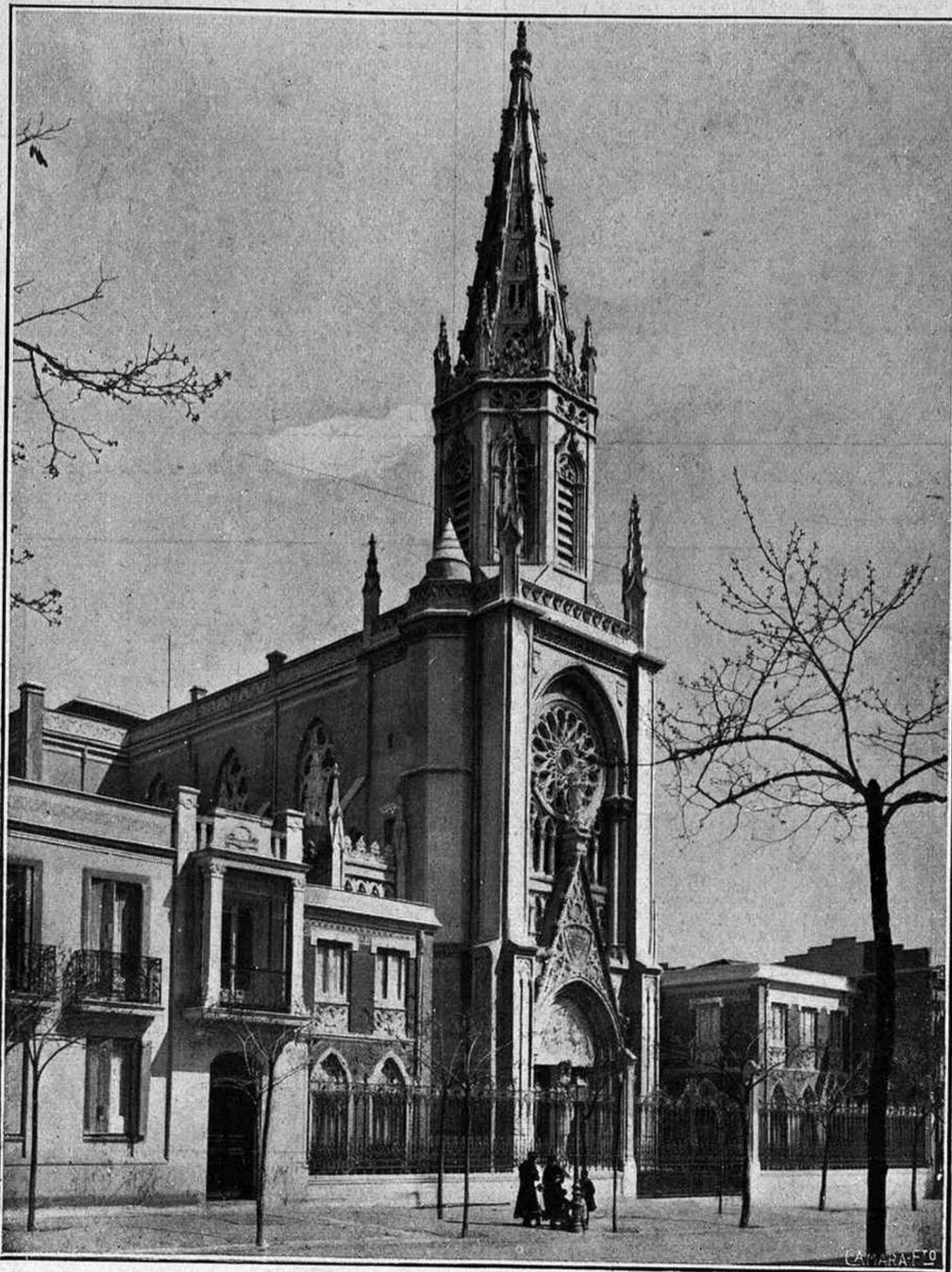
Don Octavio Centurión fundó en Madrid, el año 1636, un convento é iglesia de la Concepción, donándola á las monjas Capuchinas; y, posteriormente, á instancias del príncipe D. Baltasar Carlos, y por mediación de la condesa de Olivares, otorgóle, un año después, á los dominicos del convento del Rosario, llamándose desde entonces convento de Nuestra Señora de la Concepción del Rosario.

De 1636 á 1834 habitaron los dominicos este convento, situado en la calle Ancha de San Bernardo (esquina á la de la Flor), y siempre bajo el patronato de los marqueses de Monesterio. Primero la exlastración, y luego el derribo de la iglesia ruinoso tajaron la continuidad placida de esta obra creada por el tesorero general de los presidios y fronteras de España y mayordomo de la reina y de los infantes durante el reinado de Felipe IV.

Es ahora, cerca de tres siglos después, cuando una descendiente suya, donde vinculan las familias linajudas de los Ursinos, Dorias y Centuriones, celeberrimos en toda Europa, y de la cual surgieron papas y dogos venecianos, edifica la iglesia y convento de la Concepción del Rosario.

La obra piadosa comenzada en el siglo del rey poeta, el siglo de los ovillejos, los pomposos guardainfantes y la supremacía española sobre Europa y América, es proseguida por la actual marquesa de Monesterio y de la Lapilla, en el siglo de las aeronaves, de los cañones de largo alcance, los submarinos y el parco dominio español en unas menguadas tierras africanas.

También de ayer, del buen ayer romántico y entusiasta, parece Carlos de Luque, el arquitecto-



Iglesia de Nuestra Señora del Rosario, que ha sido construida en la calle de Torrijos, de Madrid, á expensas de la excelentísima señora marquesa de la Lapilla y de Monesterio

to encargado de llevar á feliz término los deseos de la marquesa de Monesterio.

La cultura bien encauzada, sus viajes de estudio por toda Europa, y el indiscutible temperamento de artista que posee, indujeron al señor Luque á darle á este nuevo templo madrileño el estilo gótico de que tan bellas muestras existen en catedrales españolas como la de Burgos,



D. CARLOS DE LUQUE
Arquitecto de la iglesia del Rosario

León y Toledo, con su atrevida combinación de empujes y contrafuertes, con sus bóvedas por arista en ojiva, con sus arcos diagonales desempeñando el papel de cimbra permanente, dejando á la bóveda de piedra atrevida elasticidad; con sus características y complicadas molduras y ornamentación que expresan, con las rítmicas agudeza, unidad y simetría, el credo estético conservado con tradicional pureza.

Si externamente la esbelta silueta del templo alza su torre con una gallardía que satisficiera el gusto de Viollet-le-Duc, en la parte interior se define el espíritu de artista que posee el señor Luque.

Simbólicamente, la doctrina de la iglesia y el respeto á los temas ornamentales trilobulados, tan peculiares del arte gótico, surgen á la mirada del visitante.

Tres son los cuerpos y las naves de la iglesia; tres, sus vestíbulos; tres, los pisos; tres, los cuerpos de la fachada, y tres, las partes en que dividen las airoas columnitas de gótica tracería, los ventanales.

Y cuidó no solamente el artista de seguir las normas del estilo gótico florido en la fábrica de la iglesia, sino también en el ornamento de altares, confesonarios y demás muebles y objetos que enriquecen el templo.

Por último, en las alturas de la torre, como la frase suprema de exaltación artística y de sublime idealismo, el carrillón ha empezado á sonar, en los días vernaes del Abril frívolo, las notas profundas, majestuosas de la consagración del Santo Grial en el Parsifal wagneriano.

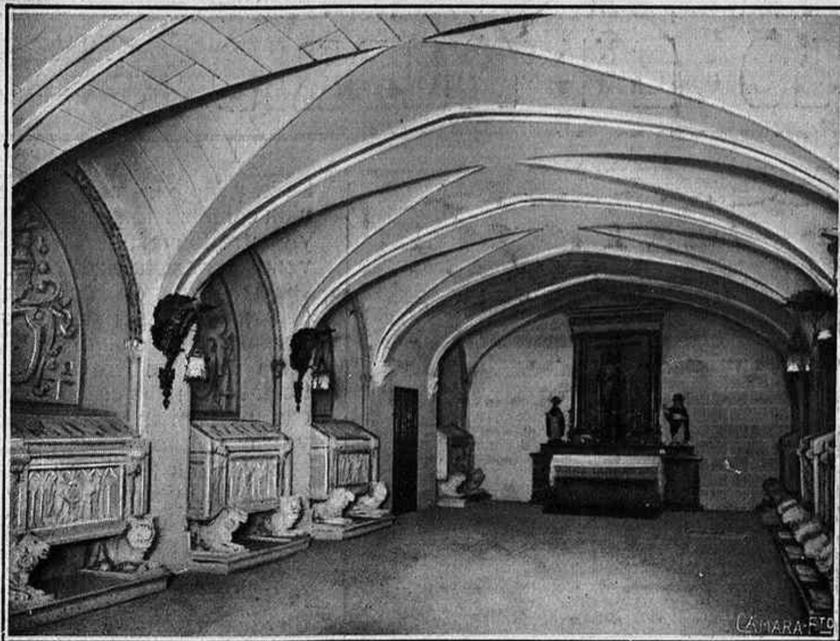
Los artífices

Bajo la dirección de D. Carlos de Luque han trabajado varios y notabilísimos artífices de reconocida competencia.

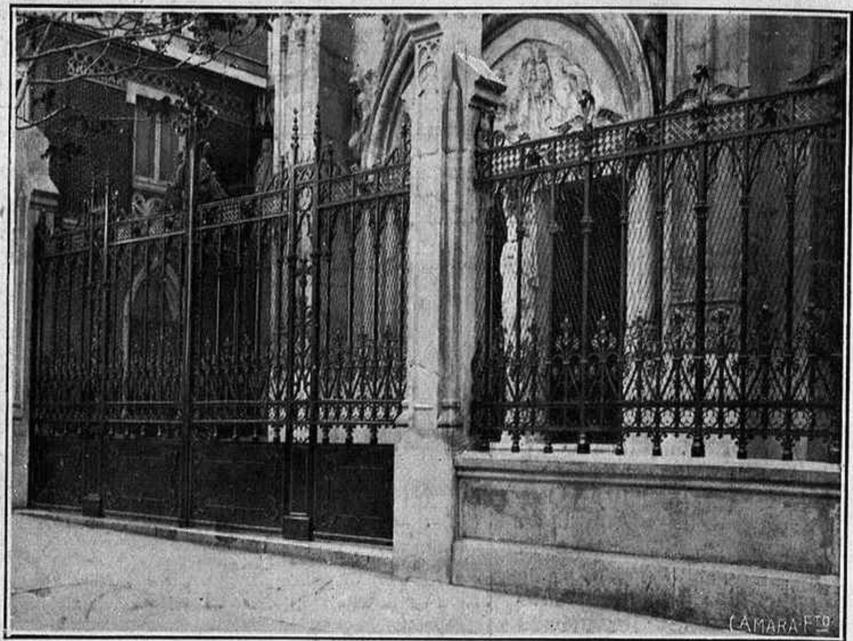
La verja, obra maestra de los talleres de don Francisco Torras, como todo cuanto en hierro repujado posee la iglesia, ostenta los cuarteles del apellido «Centurión», llevado por el primer marqués de Monesterio, antecesor de la fundadora. Verticalmente situado, hállase el escudo del marquesado de Monesterio. La puerta de la verja representa un calvario formado por dos cruces pequeñas en los lados y una central exornada de dos ángeles, verdadero acierto artístico del Sr. Torras, y lo mismo podría decirse de las águilas y faroles que adornan la cripta.

En el atrio principal yérguese, majestuosa, simbolizando el sostén firmísimo de la Iglesia, la estatua de San Pedro, y un poco más adelante destacan las figuras solemnes de los cuatro evangelistas. Lo mismo estas esculturas que el artístico pórtico, y cuanto en la iglesia hay de piedra caliza y mármoles, es obra de los magníficos talleres de D. Alejandro Estrada, con piedra de Amorqui, Novelda y Salamanca.

En el interior del templo son dignos de especial mención los altares situados á ambos lados en las capillas, los artísticos ventanales y balaustradas, el púlpito y los magníficos panteones existentes en la cripta. El elemento de construcción ha sido la piedra artificial, fabricada por los Sres. Oliver y Compañía, que tiene el mismo aspecto de la piedra natural: resistencia, color y tacto, constituyendo esto un verdadero adelanto en el empleo del cemento como factor arquitecto.



Cripta de la iglesia del Rosario



Detalle de la verja de la nueva iglesia

tónico. De la construcción general del templo estuvieron encargados los Sres. Basanta y Morcillo, contratistas del edificio, cuya suficiencia está demostrada en las muchas obras que han llevado á cabo. Ambos han realizado un esfuerzo extraordinario en esta obra, cuyo sistema de construcción se basa en las más puras teorías del arte gótico, ó sea llevando sus elementos de resistencia solamente á determinados puntos, por lo que el resto de la construcción viene á ser sólo como envoltura del espacio destinado á templo.

Entre los mil detalles decorativos que llaman la atención en la nueva iglesia, acaso el más importante sea las magníficas vidrieras artísticas coloreadas, construidas por los Sres. Maumejean con vidrio antiguo, por ser el único que admite el colorido; tanto éste, como las líneas generales de las vidrieras, son del más puro estilo del siglo xv, y forman



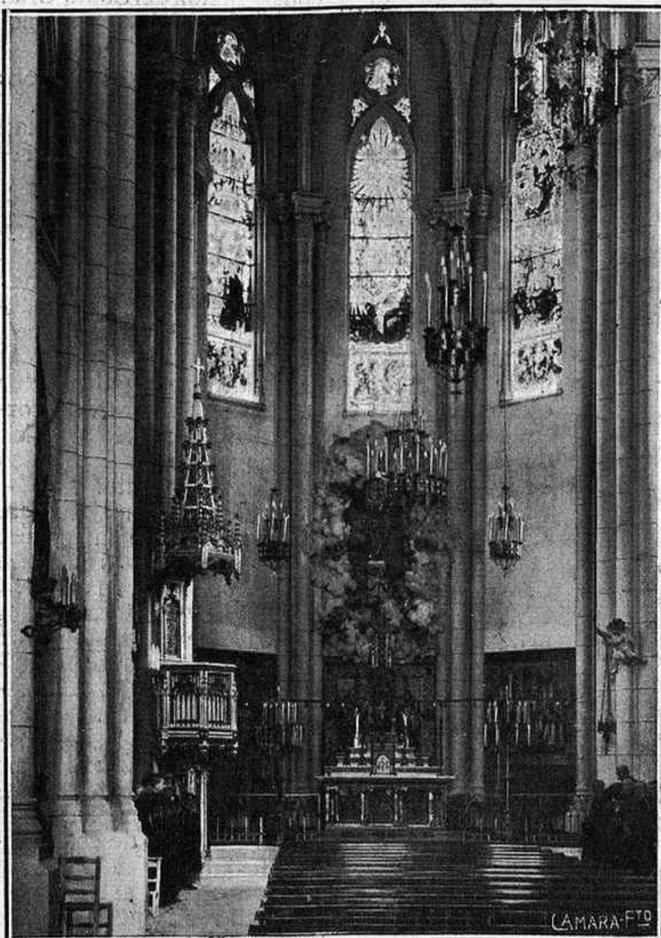
Timpano de la puerta principal, ejecutado en los talleres de D. Alejandro Estrada por los escultores V. Camps y R. Ferrero FOTS. SALAZAR

la vidriería corriente ha realizado trabajos verdaderamente notables, que demuestran su gran pericia. Es verdaderamente ingeniosa la idea de la construcción de los ventiladores de los ventanales, que, por un sistema ingeniosísimo, pueden abrirse y cerrarse, sin que de ello se den cuenta los fieles.

Son asimismo un acierto los trabajos de fontanería y las bocas de riego, que están dispuestas, rodeando el edificio, para los casos de incendio.

En suma: este hermoso templo es un triunfo de todos cuantos han intervenido en la construcción, y un éxito inmenso del arquitecto don Carlos de Luque, que, con su acertada dirección y admirables planos, ha logrado hacer de la iglesia de Nuestra Señora de la Concepción del Rosario una verdadera joya arquitectónica.

R. G.

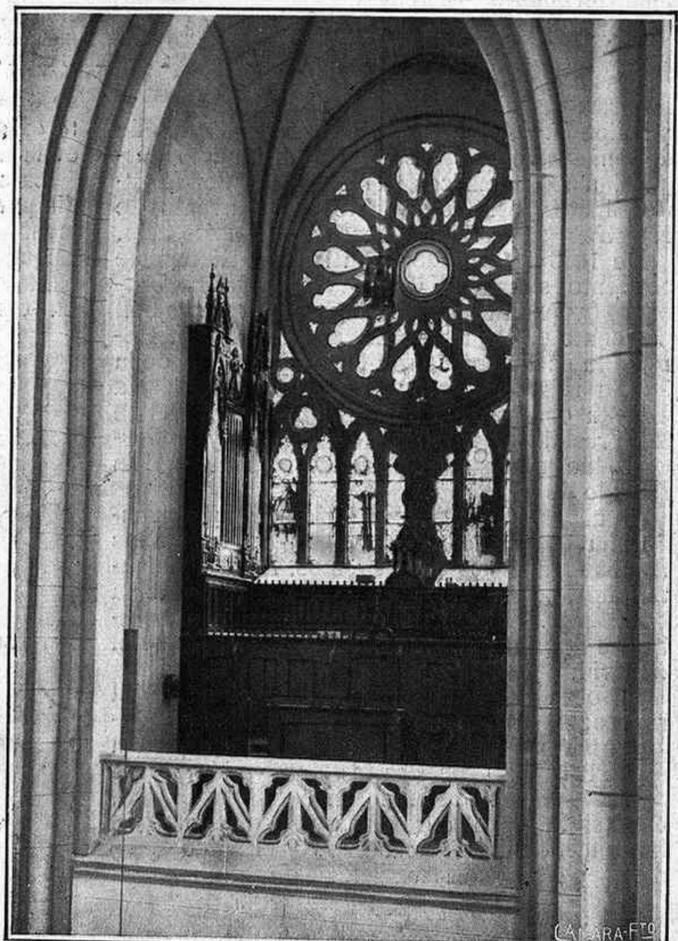


Aspecto de la nave central y del altar mayor

una de las mejores colecciones de vidrieras que hay en la capital. En sus asuntos representativos se sigue, como en todo, el simbolismo de los 15 misterios del Rosario.

En el coro ha sido emplazado un magnífico órgano, obra maestra de la casa Ricardo Rodríguez, de Madrid, el que, aparte de las dificultades inherentes á la construcción de todo aparato musical, ofrecía una importantísima, y era la instalación de los grandes tubos, de modo que no ocultaran las tracerías y vidrieras del gran ventanal del rosetón. Esta dificultad ha sido salvada por el señor Rodríguez colocando á derecha é izquierda unos á modo de órganos supletorios; ello ha dado lugar á la conducción de aire para emitir los sonidos en una forma que sólo constructores de grandísima importancia y serios conocimientos musicales hubieran podido realizar, consiguiendo de este modo hacer un órgano de primer orden, riquísimo en efectos orquestales.

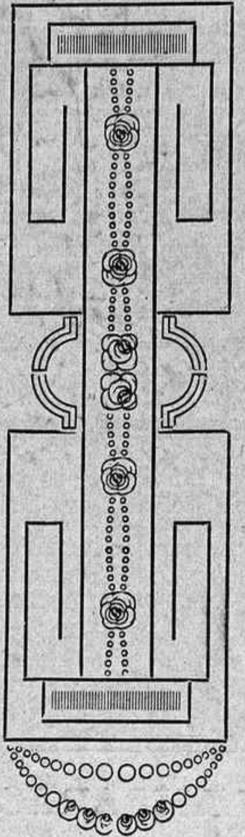
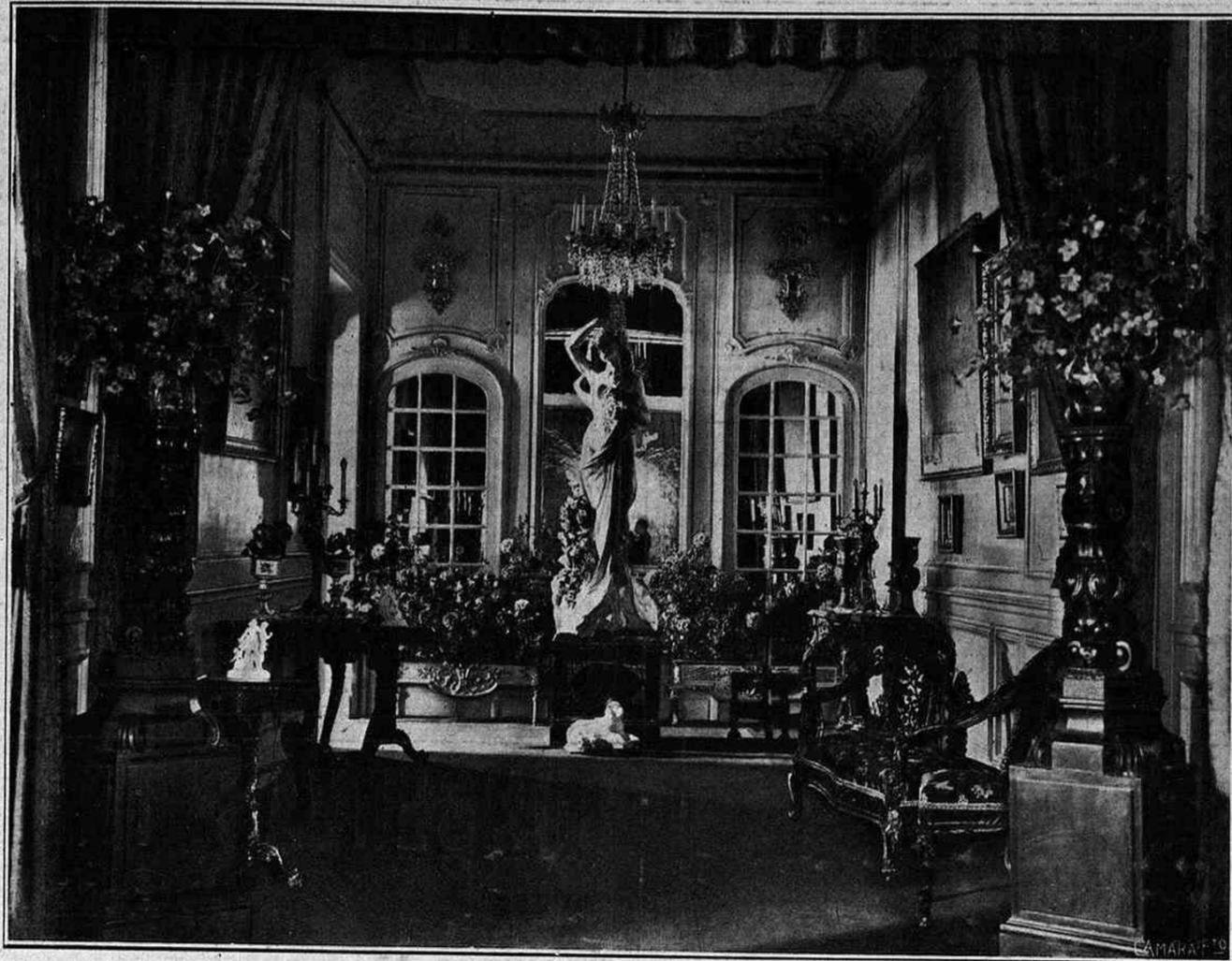
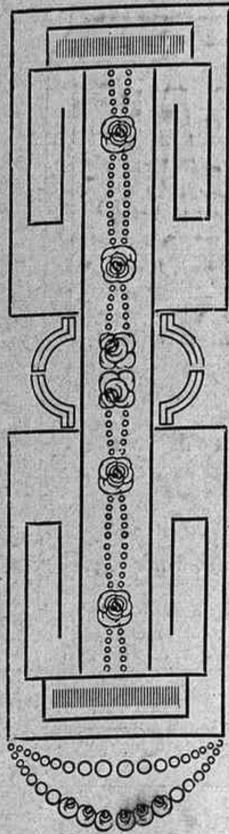
Registraremos también las dificultades salvadas por el fontanero, D. Ramón Gómez, en la adaptación de las planchas de plomo á las cresterías de la torre, en estilo gótico; en



Organo y detalle del coro



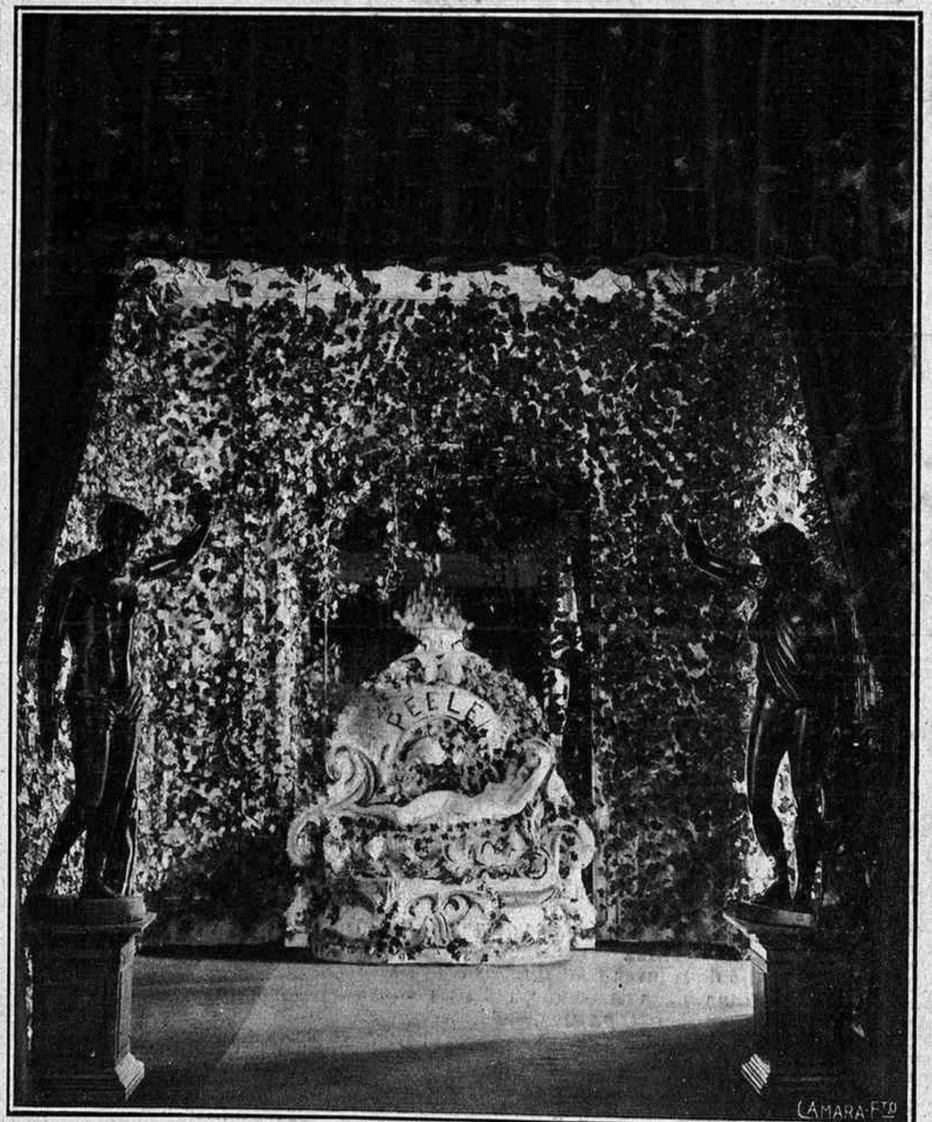
La instalación de la "Casa Peele"



Una vista del soberbio "hall" de la "Casa Peele"



Centro del "hall" de la "Casa Peele"



Fuente en el "hall" de la "Casa Peele", obra del escultor D. Salvador Llongarriu

Algunas vistas del "hall" de la "Casa Peele" en la Carrera de San Jerónimo, 40, de Madrid, cuya instalación, por su riqueza y exquisito gusto artístico, está llamando poderosamente la atención del mundo elegante

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA



LAMPARAS PHILIPS

ARGA 25 bujías, 3,25 pesetas.
32 " 3,50 "
MEDIO WATIO 50 bujías, 5,75 pesetas.
100 " 9,00 "
Economía 50 por 100 Luz blanquísima
Depositarío:
GUILLERMO STOON
Goya, 49 MADRID

TINTAS
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS

DE **Pedro Closas**

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70 BARCELONA
Despacho: Unión, 21

**HIPOFOSFITOS:
=SALUD**

DA VIDA
Y
VIGOR
A LOS
DEBILES



AVISO: AL COMPRAR EL BRASCO FIJARSE SI CON TINTA ROJA SE LEE "HIPOFOSFITOS SALUD". EN LA ARGENTINA PIDASE "HIPOFOSALUD"

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

**ESTÓMAGO É
INTESTINOS**

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

CONSERVAS TREVIJANO
LOGROÑO

OBRA NUEVA

EL AÑO ARTÍSTICO
1917

POR

JOSÉ FRANCÉS

Un tomo de 430 páginas, en papel couché, con más de 300 grabados y cubierta á todo color y oro,

11,50 ptas. en rústica y 13 ptas. encuadernado

EN TODAS LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

SIBERIA

FOIE GRAS Trufado "SIBERIA" el mejor sobrealimento. Muy útil para sandwiches y emparedados.

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

PARÍS Y BERLÍN
Gran Premio y Medallas de Oro

BELLEZA

No dejarse engañar y exijan siempre esta marca y nombre BELLEZA (Registados)

DEPILATORIO BELLEZA Tiene fama mundial y lo único que quita de raíz el vello y pelo de la cara, brazos, etc., sin perjudicar el cutis. 5 pesetas.

RHUM BELLEZA (á base de nogal). Gran vigorizador del cabello, dándole el brillo de la juventud. Quita las canas y las evita. Cabeza sana y limpia de caspa. Es inofensiva hasta para los herpéticos. 5 pesetas.

POLVOS BELLEZA Alta novedad. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Blancos, Rachel, Naturales, Rosados y Morenos. 2,50 y 4 pesetas caja, según tamaño.

En Perfumerías de España y América

CREMAS BELLEZA (líquida ó en pasta espumilla). Última creación de la moda. Blancura y hermosura del cutis, sin necesidad de usar polvos. Son deliciosas é inofensivas. (blanca, rosada y natural). 4 pesetas.

TINTURA WINTER Con una sola aplicación desaparecen las canas; cabello, barba ó bigote, hermoso castaño ó negro. Es la mejor. 6 pesetas.

LOCION BELLEZA La mujer y el hombre rejuvenecen. Firmeza de los pechos en la mujer. Las personas de rostro envejecido ó con arrugas, granos, erupciones, barros, pecas, manchas y asperezas, la bendicen. Es inofensiva. 5 pts.

En HABANA: droguerías de SARRÁ y de JOHNSON. En BUENOS AIRES: calle Cerrito, 393. FABRICANTES: Argenté, Costa y Cia., Badalona (España).



LÓPEZ HERMANOS
"Los Leones" - MÁLAGA

Propietarios de las marcas Barón del Rivero, Adolfo Pries y Cia. y Unión Vinícola Andaluza

Cosecheros exportadores de vinos finos de España. Unicos fabricantes del incomparable ANIS MOSCATEL, dulce y seco.

Bodegas de las más importantes de Andalucía. Grandes destilerías de Anisados, Coñac, Ron, Ginebra y Licores. Jarabes para refrescos. Gran Vino Kina San Clemente.

Debido á la anomalía de las actuales circunstancias, los pedidos directos deberán ser acompañados de su importe, en lo que no hay exposición ninguna para los compradores, pues siendo esta Casa de primer orden y reconocida seriedad y solvencia, están completamente garantizados del cabal y exacto cumplimiento de las órdenes que se le confían. Para más detalles, pidanse catálogos.